

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 817.

SUMARIO.

La Arquitectura. — La fiesta del 15 de agosto; grabado. — El tiro federal alemán en Viena; grabados. — Incendio en la calle de Saint-Antoine; grabado. — El bautismo, el casamiento y el entierro en la edad media. — Revista de Paris. — Un huérfano en el mundo. — El palacio Wallis, residencia de S. M. la reina Victoria; grabados. — Debe y haber. — La Moda del Correo de Ultramar; grabados.

La Arquitectura.

(Conclusion.)

Si no vinieron al suelo los edificios de San Martín y San Cristóbal de Salamanca, donde hoy mismo podeis observar así el desplome causado por empujes no contrarrestados, como la extraordinaria cohesion de los ma-

teriales de aquel país, fué por un milagro patente del cielo, porque permanecen en pié sus gibosos y deformados pilares, inclinados al exterior, despues de una vida de siete siglos, como dura á veces corcovado y contrahecho hasta llegar á viejo el hombre que se crió raquítico de niño. El escarmiento que los constructores de la época románica sufrieron cuando se lanzaron á cubrir con bóveda vastos espacios, les hizo ser cautos antes de la conclusion de otras fábricas empezadas con



LA FIESTA DEL 15 DE AGOSTO. — Iluminacion de la iglesia de San Agustin. — (Véase la Revista de Paris del número 816.)

igual arrojó, y así es frecuente ver en algunas de nuestras ciudades de Castilla, como Zamora, Avila y Segovia, iglesias que llevan en columnas adosadas, que primitivamente se dispusieron para sostener cinchos de bóveda, y que hoy no ejercen oficio alguno, la señal infalible de tales arreperimentos.

El empuje lateral y su contraste son las premisas: el equilibrio debe ser la consecuencia; y así es en efecto; pero de tal manera fué innovadora esta lógica de la arquitectura ogival, que la arquitectura clásica antigua representaba un principio enteramente opuesto. La arquitectura griega y romana, arte de mera gravitación y de resistencias pasivas, no conoció para los arcastrabes y arcos mas sostenes que las columnas y los machones, ó los robustos muros; la verdadera bóveda romana no hacia en rigor empuje, porque era una especie de cascaron vaciado á molde, sin elasticidad ni juego de presiones; los sostenes en que descansaban lo mismo ella que el arcastrabe, ofrecian una resistencia completamente inerte, casi diríamos brutal. Permitidme que haga hablar al ladrillo y á la piedra el lenguaje del apólogo: que no fueron solo reservados para el Cid ciertos arranques

Que farán hablar las piedras.

Dice el arco romano al fuerte machon ó al muro, y el cornisamento griego á la columna, con el imperio del déspota que se dirige al siervo: Aguanta mi peso. El arco gótico, dudando encontrar en el esbelto y delgado pilar sobre que descarga toda la resistencia necesaria para que á su empuje lateral no se quebrante, le dirige esta premisa condicional: Voy con mi empuje al punto A; si lo resistes, permaneceremos en equilibrio siglos y siglos. El arbotante que está á la parte opuesta, erguido y como encabritado sobre el contrafuerte, y en disposicion de topar en el mismo punto A, anuncia á su vez esta premisa menor: Yo resisto todo el empuje que pudiera conmoverte. Y finalmente, el pilar que siente anuladas en sí las dos fuerzas opuestas, saca triunfante esta consecuencia: ¡Luego duraremos tanto como las moles de Tebas y Karnac!

Despréndese de la construcción ogival multitud de silogismos, y otras formas no silogísticas de buena argumentación, pero de pura raza escolástica. El arquitecto del siglo XIII ejercita todos los instrumentos y recursos de la dialéctica, ya para resolver el problema mas complicado de la solidez de los pilares cuando fuerzas contrarias que obran en diversas alturas los solicitan á quebrantarse en sentidos tambien diversos, ya para evitar los enojosos accidentes producidos al hacer los materiales su asiento. El arte pagano, en suma, simbolizaba el precepto; el ogival, el argumento, el raciocinio, la enseñanza. Era aquel, como la ley romana, el mandato conciso y sin motivos; este es el precepto razonado, formando cuerpo de doctrina, como la ley de Partida que va en breve á formular la ciencia social del rey Sabio.

Pero me preguntareis ¿qué necesidad habia de producir esa trasformación tan sustancial en el sistema de construcción? ¿por qué no continuar acomodando los principios del arte antiguo á las necesidades públicas de las sociedades modernas? ¿Se divorció por ventura la clásica Italia de su elegante y bella arquitectura lombardo-bizantina? ¿No pudieron seguir su ejemplo las demás naciones del continente europeo?

Cabalmente la resolución de estas diversas cuestiones hace resaltar mas la necesidad de la gran revolución arquitectónica que nos ocupa. Si por una ley providencial, cuyo objeto es un misterio para la historia, los pequeños Estados de Italia pudieron esquivar la constitución de una gran monarquía, y se hallaron bien avenidos con sus construcciones constantinianas y semi-bizantinas, y con las prácticas que les legaron Buschetto, Diosalvi, los Pisanos, Giudetto de Luca, Lorenzo Maetani, Arnolfo de Lapo y los demás arquitectos de Pisa, Orvieto, Pádua, Florencia, etc.; no por ella debemos creer que hubieran podido sustraerse las demás naciones á la ley, tambien decretada por la Providencia, que las llamaba á una completa demudación de la forma pública y externa de su culto.

Todas las grandes trasformaciones ocurridas en el arte de construir han sido resultado de dos elementos, uno variable y otro permanente. El elemento variable es la necesidad de cada época; el fijo é inmutable es el sentimiento de lo bello, de mas noble origen que las instables exigencias de lo que se llama *buen gusto y moda*. No porque nos representemos á san Luis administrando justicia bajo el roble de Vincennes, hemos de creer que las grandes solemnidades religiosas y civiles de la corte del nieto de Felipe Augusto, que reunia bajo su cetro casi toda la Francia actual, habian de poderse celebrar en las reducidas iglesias de la Cité y de San German de los Prados. Los templos románicos parecian angostos y sombríos á los habitantes de una capital ya fastosa y opulenta: los macizos pilares cilíndricos obstruian su ámbito, y la falta de espacio era obstáculo á la numerosa concurrencia de los fieles. Su aspecto exterior por otra parte era ya reputado tosco y grosero, é inarmónico con las galanas costumbres del nuevo municipio. En los palacios y edificios públicos resaltaban los mismos inconvenientes.

No eran por cierto las residencias de los emperadores y reyes de Alemania, Francia é Inglaterra, los encantados alcázares de Sicilia y Andalucía, y por esto en el Norte de Europa la arquitectura civil seguía aceleradamente los pasos de la arquitectura religiosa. Necesitábanse en suma en las regiones menos favorecidas que

Italia y el Mediodía de España por la sonrisa de los cielos, y donde, sin embargo, el vigoroso poder real desplegaba ya sus joyantes doseles, templos espaciosos, de un ámbito hasta entonces inusitado, en que los puntos de apoyo interiores tuviesen el menor diámetro posible: basílicas bien ventiladas é iluminadas, diáfanas, exentas de estorbos para la visualidad de sus elevadas y anchurosas naves, bajo cuyas extensas bóvedas pudieran cómodamente manifestarse en días solemnes la gala y pompa de una numerosa corte, y la pintoresca variedad de las clases que constituyen un grande Estado.

Conviene no olvidar que las catedrales en el siglo XIII no tenían por destino único el culto: celebrábanse en ellas asambleas, representábanse los misterios, agitábanse los negocios del procomunal, se pleiteaba, se discutía, y hasta se ejercía el tráfico por tolerancia de los mismos obispos, que recordaban sin duda el origen romano de la *cathedra* y de la *basilica*. Mas aun, servía la catedral de teatro para fiestas, farsas y mogigangas asaz profanas, como la de los *Locos*, que se hacia en Laon, y la de los *Inocentes*, que allí mismo se celebraba, de la cual fué sin duda genuino reflejo la fiesta del *Obispillo*, parodia que se perpetuó en nuestra catedral de Sevilla hasta el último tercio del siglo XVI. No era posible trasladar á las brumosas orillas de Elba ó del Sena las risueñas y galanas tarbeas moriscas cubiertas de dorado alfarge ó toldos de púrpura, ni prudente el cubrir los templos y salones palatinos con armaduras de madera, tan perjudiciales para todo el edificio en los incendios, y de tan escasa duracion en los húmedos climas setentrionales. Así pues el difícil problema arquitectónico que ya desde el reinado de Felipe Augusto en Francia empezó á plantear la monarquía centralizadora, fué cubrir con bóvedas duraderas los mas espaciosos recintos, dejando al interior la mayor diafanidad posible.

La solución de este problema, destinado á cambiar la faz de la arquitectura de la edad media, no fué obra de un momento de inspiración; no brotó del entendimiento humano en un instante dado, como brotó Minerva armada del cerebro de Júpiter; fué parto laborioso de medio siglo de observación perseverante, de tentativas, ensayos y probaturas de todo género, y galardón de meritísima y casi desesperada lucha con las antiguas prácticas y resabios arquitectónicos. No que hubieran dejado de meditar los arquitectos de la época románica en el Norte de Francia, desde los siglos X y XI, en la empresa de embovedar las naves de las basílicas, abriendo en ellas luces directas, sirviéndoles de espuela el triste recuerdo de tantos santuarios reducidos á cenizas durante las periódicas invasiones de los crueles normandos; sino que limitados sus esfuerzos á proporcionarse templos de exiguas dimensiones, embovedados y bien alumbrados, no pararon mientes en la posibilidad de adelgazar los pilares de sostenimiento, variando el sistema de contra-restos; y fué menester que esta nueva exigencia social hiciese presión en el ingenio de los constructores de la isla de Francia, Champaña y Borgoña, en la época del engrandecimiento del poder real, para que se advirtiese que ya en algunas iglesias de Normandía estaba como iniciado el arbotante en la sección transversal de las bóvedas de las naves menores construidas en cuadrante de círculo.

Y en efecto, si las bóvedas por arista solo ejercen su empuje en los puntos de arranque, ¿á qué darles un contra-resto continuo por medio de un semicañon no interrumpido, como se verificaba en las citadas iglesias normandas, cuando bastaban para mantener el equilibrio de los apeos secciones de semicañon que sirvieran de contrafuertes espaciados? Y espaciando estos puntos de contra-resto, ¿no podian abrirse entre unos y otros todas las luces necesarias para iluminar la nave central? ¿Y era menester que los pilares de que arrancaba la bóveda fuesen tan macizos y voluminosos, desde el momento en que los contrafuertes exteriores les aliviaban del oficio de sostener por sí solos el embovedado de la nave mayor?

Pero en construcción, como en todo, los procedimientos mas naturales y sencillos son los mas difíciles de descubrir, y hasta que á fines del siglo XII se hizo manifiesto el preciosísimo recurso del arbotante, trascurrieron para el arte arquitectónico dos mortales siglos de esperanzas frustradas, catástrofes y dolores, que nunca la edad moderna sabrá agradecer debidamente á los infatigables y heroicos constructores benedictinos.

Las crónicas de la edad media están llenas de leyendas en que se refieren aquellos no siempre fecundos afanes. Un monge arquitecto, por ejemplo, despues de haber cavilado meses enteros sobre el modo de cubrir la iglesia que está construyendo, se duerme cansado, encomendando á la Virgen y á su santo patrono el éxito de su ingrata tarea. De repente se le aparece en sueños, ya la hermosa Madre del Salvador, ya un ángel resplandeciente, ya un personaje desconocido y misterioso que le revela el modo de terminar la santa casa de Dios.

Despierta el buen monge, corre alegre á la obra, en cuya cima, á la dudosa claridad de las estrellas, cree divisar las alas brillantes de los espíritus celestiales, ocupados en escombrar los lechos de los sillares y preparar los morteros para fraguar la bóveda. Cúbrese en efecto la iglesia, merced á la subitánea inspiración de aquel misterioso sueño; dura cubierta algunos meses, y; oh doloroso desengaño! á pesar de la soñada protección del cielo, viene á tierra con inesperado fracaso.

Los arquitectos seculares y libres que cansados de la deficiente escuela monástica pugnaban por desprenderse de ella, llenos de emulación y de ardor por el

adelantamiento de su arte y favorecidos por los reyes y prelados, acertaron á fijar un principio que, llevado hasta sus últimas consecuencias con la perseverancia propia de la época varonil que dejamos bosquejada, dió por resultado el sistema ogival completo.

Los empujes de las bóvedas, pensaron, obran en dirección oblicua, los contra-restos de consiguiente deben ser tambien oblicuos. Afirmemos estos contra-restos en el recinto exterior del templo, donde nos es permitido dar á los estribos y contrafuertes todo el desarrollo necesario, y tenemos suprimidos los voluminosos machones románicos, convertidos en meros tabiques de cerramiento los antiguos y macizos muros, y adiatanado el interior de una manera nunca vista por los hombres de las edades pasadas.

Pero el arco romano de medio punto ejerce un empuje demasiado considerable para que se le pueda levantar á la inmensa altura que reclama el ámbito, tambien inmenso, que hemos de cubrir; por otra parte, ese empuje tiende demasiado á la horizontal. Sustitu-yamos para los arcos *dobles* á la cimbra de medio punto la cimbra apuntada, aunque conservemos el semicírculo para los arcos *formeros*; demos á la resultante de los empujes la mayor verticalidad posible, para que el contra-resto, partiendo de mas bajo, estribe en contrafuertes de poca altura y gran solidez; proscribamos además las bóvedas de cañon y semicañon en las naves menores, hagámoslas tambien por aristas y apuntadas, y para robustecer los pilares que han de servirles de contra-resto hácia el lado de la nave central, aumentemos en ellos la gravitación y la cohesión: démosles un suplemento de peso, levantando cuanto sea menester sobre las techumbres, á manera de pináculo, este complemento necesario del pilar del interior. Vióse la gran fuerza de resistencia que tenia el arco apuntado y su poca propensión al aplanamiento, y este miembro utilísimo del nuevo arte de construir francés acabó de imprimirle la fisonomía de arquitectura vertical, con que quedó para siempre en declarado antagonismo respecto de la arquitectura antigua de todo el universo.

Establecida la teoría del nuevo sistema de construcción, vino la práctica modificando los accidentes de la forma general del edificio religioso, al tenor de la mayor ó menor inteligencia y pericia de las escuelas, de las tradiciones y prácticas de las localidades, de la naturaleza de los materiales y de las diversas necesidades de las comarcas donde se introdujo.

Basten un par de ejemplos para señalar las modificaciones debidas á la práctica de la arquitectura ogival y la razón lógica de ciertos miembros, ya de construcción, ya de decoración que pudieran suponerse introducidos por el mero capricho, siendo en realidad resultado de la ciencia y de la prevision. Demostró la experiencia en la aplicación de los contra-restos á los empujes de las bóvedas, que no era casi nunca el punto matemático de la resultante el paraje al cual convenia aplicar el contra-resto.

La curva de presiones trazada por el arquitecto en sus arcos-dobles y ogivos, variaba con harta frecuencia por el movimiento de las dovelas, y la deformación del arco producía una resultante mas alta ó mas baja de la calculada. En cualquiera de estos dos casos, el arbotante dejaba de contra-restar el empuje de la bóveda en el paraje oportuno, y lo que se habia imaginado como garantía de solidez, se trocaba en nueva causa de dislocación y ruina.

Cuando se advirtió este peligro, se acudió inmediatamente al remedio, y se vió por primera vez en la catedral de Soissons contra-restar los empujes de las bóvedas ogivales con arbotantes dobles puestos uno sobre otro, apoyando sus topes en un contrafuerte, que cubre en sentido vertical todos los puntos donde pueda venir á parar la resultante de los empujes, cualquiera que sea la deformación de las curvas de presión. Los arbotantes dobles empezaron á ser la regla general, como se observa en las basílicas de Reims, San Dionisio, Troyes, Mans y Leon; y ellos dieron origen á los arbotantes abalastrados y calados, que tanta belleza añaden al exterior de las catedrales de Chartres, Amiens, Eu y otras ciudades.

Otra novedad introducida por la experiencia como ley inevitable del principio de la elasticidad, sin el cual se comprometia la vida de las grandes fábricas ogivales, fué el dejar á los topes de los arbotantes todo el juego necesario para que sus dovelas pudieran libremente descender al hacer asiento el estribo á que estaban aplicadas. Muchos arbotantes se rompieron en la primera edad del sistema por no haber provisto los constructores á todas las contingencias de los asientos.

El deseo de evitarlas introdujo tambien la sustitución del sillarejo con gruesos lechos de mortero, al mampuesto revestido de sillares, que usaban los constructores de los siglos XI y XII; y para darle rigidez, interpolaron en él, á trechos considerables, trozos de piedra dura, á *contralecho* (*en délit*), unidos por medio de hildas de extraordinario tizon.

Pues bien, este aparejo sugirió un bellissimo motivo de decoración al arquitecto, porque convirtió las piedras puestas á *contralecho* en columnillas; y de aquí tuvieron origen esas lindas arcaturas ornamentales adosadas á los subasientos y á los paramentos de los contrafuertes, segun observamos en las fachadas de nuestra catedral de Leon y de Nuestra Señora de Paris.

Si tiene exigencias la necesidad, las tiene tambien el sentimiento de lo bello. Al problema de estática propuesto á los constructores de fines del siglo XII por las imperiosas necesidades de la única monarquía só-

lidamente establecida en la Europa central, en aquella época, siguieron los problemas de estática que ellos á sí mismos se propusieron guiados por el mas delicado sentimiento.

Tambien en esta tarea les prestó poderosa ayuda la razon, suprema reguladora de todas las disciplinas que no tienen por fundamento la fe, y no disociada por fortuna de la estética, cuyo nombre ni siquiera oyeron, y cuyos preceptos sin embargo observaron como no se han vuelto á observar en el mundo. La ley del equilibrio de los cuerpos, no la exaltacion del principio peligroso, habia producido la llamada construccion vertical: esta mera disposicion vertical de las líneas generales, habia forzosamente de sugerir á la imaginacion del artista una decoracion adecuada y una ornamentacion que caracterizasen aun mas el destino de la construccion.

Coincidencia afortunada, que entró sin duda en el plan divino, fué el presentarse desde luego el templo ogival, aun desprovisto de toda decoracion y ornato, con semejante apariencia de cosa mística y simbólica. Que no sucedió así por mera veleidad humana, siquiera religiosa, lo hemos demostrado; pero dado el fenómeno, no puede negarse que él por sí solo habia de exaltar la fantasia del arquitecto y proporcionarle motivos con que explayar su inspiracion sin sacar el decorado de sus condiciones racionales.

Aquellos incomparables artistas del siglo XII, tan sóbrios en el uso de las molduras, que solo las emplearon para revelar la estructura del edificio, su musculatura, digámoslo así, y las fuerzas físicas de los materiales asociados en su construccion, consiguieron sin embargo dotar de una especie de vida orgánica esas inimitables catedrales; y al obtener este triunfo, auxiliados por la talla y la imaginería, ni aplicaron jamás motivos extraños al edificio decorado, ni pecaron contra la naturaleza ú oficio del ornato dándole una colocacion repugnante á su forma, ora vegetativa, ora geométrica, ora animal; ni pusieron jamás un adorno donde la necesidad, ó al menos la conveniencia, no lo reclamase.

El señor marqués de Monistrol ha desarrollado con grande habilidad el riquísimo cuadro de la ornamentacion ogival en los tres periodos de esta arquitectura, y no es ya necesario acumular mas especies sobre la materia.

Solo me atreveré á añadir un concepto, que quizá suene á proposicion temeraria en los oídos de los que todavia persisten en creer que el arte de la buena época de la edad media tiene solo cierto valor relativo, como arte de transicion, y atendido el estado semi-bárbaro en que se figuran ellos que vivian la Francia y la España de San Luis y San Fernando.

La estatuaría del siglo XIII en ciertas portadas de las catedrales de Isla de Francia, Champana, Borgoña, Picardía y provincias del Rhin, en el admirable pórtico de nuestra catedral de Leon, y en la portada del Norte de la catedral de Búrgos, se acerca mucho mas á la estatuaría griega, no ya á la arcáica egineta, sino á la de Fidias y demás escultores de Atenas, Jonia y Caria, por su ejecucion y grandeza de estilo, por su sencillez de medios, por el admirable arte de ponderar las masas, por la bella individualidad de sus tipos. Y finalmente, por la ciencia de las proporciones tomada en cuenta la colocacion; muchísimo mas que la estatuaría amanerada y teatral del siglo del renacimiento. Los escultores que labraron esas obras peregrinas, contentos con el nombre modesto de *imagneros*, llegaron á la perfeccion de su arte por el camino directo del natural, y sin haber estudiado como los pisanos los mármoles griegos.

Unos y otros se encontraron en la misma region de la belleza procediendo por rumbos diferentes, pero en sus tipos conservaron los escultores del Norte de Francia mas individualismo y majestad. Fué este admirable arte el resultado de su perseverante estudio y del impulso debido á la racional libertad que gozaron: libertad que algunos de ellos colocaron entre las virtudes en la ornamentacion figurada de los templos.

Así en la catedral de Chartres, un distinguido arquitecto francés á quien debe la historia del arte ogival la exposicion mas científica que hasta hoy se ha escrito, hace resaltar este hecho; pero yerra en nuestro concepto al atribuir esa inocente licencia del escultor de Chartres á desahogo de un sentimiento de independencia filosófica y racionalista.

Parécenos que la *Libertad* allí representada no es otra que la virtud santa que dió á la Iglesia confesores y mártires, y que definió con ideas y palabras de catolicismo muy castizo nuestro Cairasco de Figueroa en la siguiente estrofa de su *Templo militante*:

Con libres ademanes
Y gran comedimiento
Entró la Libertad pisando el suelo;
Llevaba por guzmanes
Verdad; Entendimiento,
Decoro, Discrecion, Justicia, Celo,
De conquistar el cielo
Resolucion mostraba
Armada de paciencia,
De constancia y prudencia,
Diciendo de una cruz que enarbolaba
Con sus piadosas manos:
Esta es la libertad de los cristianos.

Hemos expuesto, aunque con enojoso desaliño, las principales causas que hicieron necesario é inevitable desde fines del siglo XII el paso de la arquitectura horizontal y de resistencia inerte, á la arquitectura vertical del equilibrio y contrarresto de fuerzas; y cómo la forma ogival, con todos sus accidentes, vino á ser en el edificio religioso el resultado lógico, natural, forzoso, casi diríamos fatal, de las necesidades que ese edificio habia de satisfacer.

Sin negar que el sentimiento religioso pudiese hallar en la nueva estructura, y lo halló efectivamente, eficaz incentivo para desarrollarse y producir en la esfera de la estética grandes creaciones, hemos debido excluir de una manera perentoria y absoluta la intervencion de ese noble sentimiento en el cambio del sistema general de construccion. La religiosidad de un siglo que produjo reyes santos, filósofos santos, poetas y artistas santos, no há menester de timbres postizos para brillar esplendorosa y respetada en los anales de la cristiandad. El arte monástico fué cultivado por hombres aun mas piadosos, humildes y santos que los artistas seglares y libres que realizaron la sorprendente catedral gótica; pero es cabalmente una de las glorias de la civilizacion de la cruz el haber dominado la soberbia voluntad de los artífices, emancipados de la tutela de la Iglesia, hasta el punto de hacerse servir por ellos con todo el esfuerzo de su razon altiva y pujante, y con un entusiasmo especulativo que quizá no habian desplegado los mismos arquitectos é imagineros benedictinos.

Figurémonos una catedral gótica del siglo XIII, acabada y completa, y purgada de las restauraciones y mutilaciones producidas por las edades posteriores, y comprenderemos fácilmente que los hombres extraños al arte de la construccion vean en la osamenta de esa gigantesca mole, un gigantesco simbolismo cristiano, no habiendo de simbólico en ella mas que el mero contorno de la planta, representativo del signo de la Redencion, y las metáforas de piedra que emplea la sóbria decoracion de las impostas, frisos, cornisas, capiteles, canes, repisos, archivoltas y balaustradas, estribos, agujas, frontoncillos y pináculos. Todo, en efecto, en esa mole admirable se representa como sugerido por una sublime inspiracion religiosa.

A una y otra banda, largas filas de robustos estribos que, siendo sencillamente los puntos de arranque de las fuerzas oblicuas dispuestas para contrarrestar los empujes de las bóvedas, aparecen como torres emblemáticas en el murado recinto de la casa del Señor. Sobre esos estribos, sendos arbotantes que suben á topar en los contrafuertes en cuya vertical se produce la presion de los arcos de las bóvedas: y esos arbotantes semejan puentes aéreos, lanzados al espacio para que suban y bajen por ellos, resbalando con sus piés de jazmin y rosa, los ángeles de Dios que pueblan á bandadas su sagrado templo.

Si Gonzalo de Berceo llegó á disfrutar como es probable, el espectáculo de alguna de nuestras iglesias ogivales, el solo aspecto de su fantástica hilera de arbotantes pudo servir de gérmen en su alma casi dantesca para que brotase de ella el siguiente precioso cuadro al escribir la *Vision de las tres coronas*:

Vedia una puente enna madre primera;
Avie palmo e medio, ca mas ancha non era:
De vidrio era toda, non de otra madera;
Era por non mentiruos paurosa carrera.

Con almátigas blancas de finos ojaltones
En cabo de la puent estaban dos varones;
Los pechos obresados, mangas et cabezones;
Non dizrien el adouo loquele nec sermones.

La una destas ambas tan onrradas personas
Tinie enna su mano dos preciosas coronas
De oro bien obradas: omme non vió tan bonas,
Ni un omme á otro non dió tan ricas donas.

En vez de gruesos muros, que ya no son necesarios para el sostenimiento de las bóvedas, encomendado al equilibrio de las fuerzas contrarias, delgadas paredes, con todos los vanos precisos para iluminar el recinto interior; y esas anchurosas perforaciones esmaltadas con vidrieras de vividos colores, al dar paso á una misteriosa luz, trocada al contacto del rayo solar en deslumbradora lluvia de topacios, rubíes y esmeraldas, se presentan á la imaginacion fervorosa del creyente como otras tantas revelaciones de las maravillas celestiales.

Los pináculos que coronan los botareles y los pilares, y que por rigorosa ley de estática son el necesario complemento del peso de todos los apoyos verticales para burlar la accion de los empujes oblicuos; por la decoracion animada de sus nichos y frontoncillos, por los frondarios de sus pequeñas agujas, y por la disposicion simétrica de sus implantaciones, toman el melancólico aspecto de arbustos fúnebres, y dan al elevado pensil que circuye la techumbre la apariencia de un melancólico cipresal, en que se alojó una turbonada de monstruosos animalillos de un mundo desconocido á la criatura.

Los botareles y pináculos que contornan el ábside, las altas torres que flanquean las tres portadas de Poniente, Norte y Mediodia, y se coronan de elevadísimas

agujas; el inmenso, aéreo y calado chapitel, sobrepuesto al crucero en forma de perforado obelisco, que sube á perderse de vista anegándose en las nubes ó tinéndose en la líquida púrpura del sol de ocaso cuando la tierra está ya cubierta de sombra, obedecen á las mismas leyes reguladoras del equilibrio y de la estabilidad, soberanas absolutas del mundo físico; y el admirable talento de los arquitectos que erigieron esas torres, esos chapiteles, esas agujas tan majestuosas, atrevidas é imponentes, que en medio de su delgadez desafian la braveza de los huracanes, no consiste tanto en haber levantado á doscientos metros de altura unos apéndices mas ó menos espletivos de la estructura ogival, cuanto en haber descubierto, al cerrar el primer tramo de la bóveda, el principio fecundo del contrarresto oblicuo, de donde nacen todas las infinitas combinaciones con que se remonta el humilde sillarejo, desde el robusto estribo manchado con el lodo de la tierra, hasta la última hilada de las huecas agujas batida por el ala de las águilas.

¿Y qué mucho tambien que en el interior de la catedral gótica, ya sea en Reims ó en Leon, ya en Búrgos ó en Toledo, hombres de poética fantasia hayan creído ver un remedo ó recuerdo de las enramadas de las selvas del Norte, al contemplar las elegantes ogivas sostenidas por aquellos esbeltos pilares? Hoy ya no hará mucha cuenta de la ingeniosa hipótesis de Warburton y de Chateaubriand quien recuerde la historia de los penosos estudios y tentativas que hemos bosquejado.

Ya se ve, el templo gótico es bello sin esfuerzo y sin petulancia; es razonado y lógico como la flor, que parece una creacion muy sencilla y encierra, sin embargo, incomprendibles arcanos; es elegante, gracioso é ingenuo sin aparentarlo, como lo es el niño en la infeliz ignorancia de sus hechizos. Pero no es mayor la vulgar perspicacia para las grandes obras de los mortales, que para las maravillas creadas por Dios.

Tendió su omnipotente mano en el abismo sin fondo del espacio los hilos invisibles de la atraccion que regulan la acompasada marcha de número infinito de planetas, los cuales mueven sus imponderables moles en torno de otros soles, no semejantes quizás al que nos alumbramos, ruedas de un reló inconmensurable en que las horas son días, años, siglos...; y el hombre contempla ese mecanismo maravilloso y aterrador como un simple velo de azulada gasa ó de negro crespon tachonado de oro y brillantes.

Descuella cortando nuestro horizonte la lejana cordillera, construida por el Eterno Artífice con ásperas y gigantes cascas, profundas abismos y pavorosas gargantas, echando sobre ella el invierno su blanca *dulleta* de nieves que se convierte en el estío en clamorosas cascadas; y nuestros encantados ojos solo ven en ella un espléndido cortinaje de azul y plata; y aunque sabemos que en los admirables paisajes que Dios pinta los toques son moles de granito, la luz los cien cambiantes del sol, la sombra los esbatimientos de seculares selvas, las veladuras vagarosas nubes, y el ambiente la perfumada atmósfera de los campos, sin embargo, se nos figura que para remedar tales bellezas no tenemos mas que dejar correr al azar el pincel por la tersa superficie de una tabla.

Se comprende que la arquitectura ogival se haya extendido por todas las naciones de Europa, exceptuada la Italia.

En el suelo clásico del paganismo, donde las basilicas de la ciudad eterna son verdaderos trofeos, testigos los unos de las orgías del palacio de los Césares, delatores los otros de la pompa consagrada á Júpiter Tonante, y coronados muchos con las imágenes de los dioses vencidos; no es en rigor la perfeccion del arte, sino el prestigio de la historia del cristianismo, lo que embarga el ánimo y le hace exclusivo admirador de la forma latina.

Pero ¿cómo no habian de preferir los demás pueblos á toda otra arquitectura, la que desde el tiempo de Luis el Joven (en 1144 erigia en Francia templos como los de San Dionisio, Noyon y Paris? El arte habia descubierto un nuevo mundo: los reyes, los prelados, los pueblos, se lanzaron con afán á beneficiar sus tesoros; el feudalismo señorial y monacal vió en menos de medio siglo levantarse mas catedrales que él tenia castillos y abadías... Estos se han derrumbado; las catedrales subsisten.

Setecientos veinte y cuatro años cuenta de existencia la iglesia abacial de San Dionisio, panteon de los reyes de Francia, que erigió Suyer; 708 Nuestra Señora de Paris; 694 la catedral de Canterbury, obra de un arquitecto francés; 669 la de Leon; 647 la de Búrgos; 620 la de Colonia, templo decano de todas las construcciones ogivales de Alemania. Ninguna iglesia ogival que haya respetado la furia de los hombres, ha sucumbido á la accion destructora del tiempo.

¡Ah! ¡que los vendavales de sacrílegas revoluciones no vuelvan á conmovier esos venerandos monumentos del saber, de la piedad y de la libertad cristiana de generaciones, que, sin aturdir al mundo con la alharaca de una vana ciencia y con los alardes de un arte ampuloso y embaucador, supieron erigir las inimitables catedrales; y que los peregrinos templos góticos de Castilla, Aragon y Cataluña, en que los constructores españoles rivalizaron con sus maestros los franceses y alemanes, sean estudiados y comprendidos por la juventud consagrada al cultivo del arte, antes de lanzarse á explorar en espacios imaginarios la futura fisonomía de la arquitectura religiosa y civil!



EL TIRO FEDERAL EN VIENA. — Vista exterior de la sala del tiro.

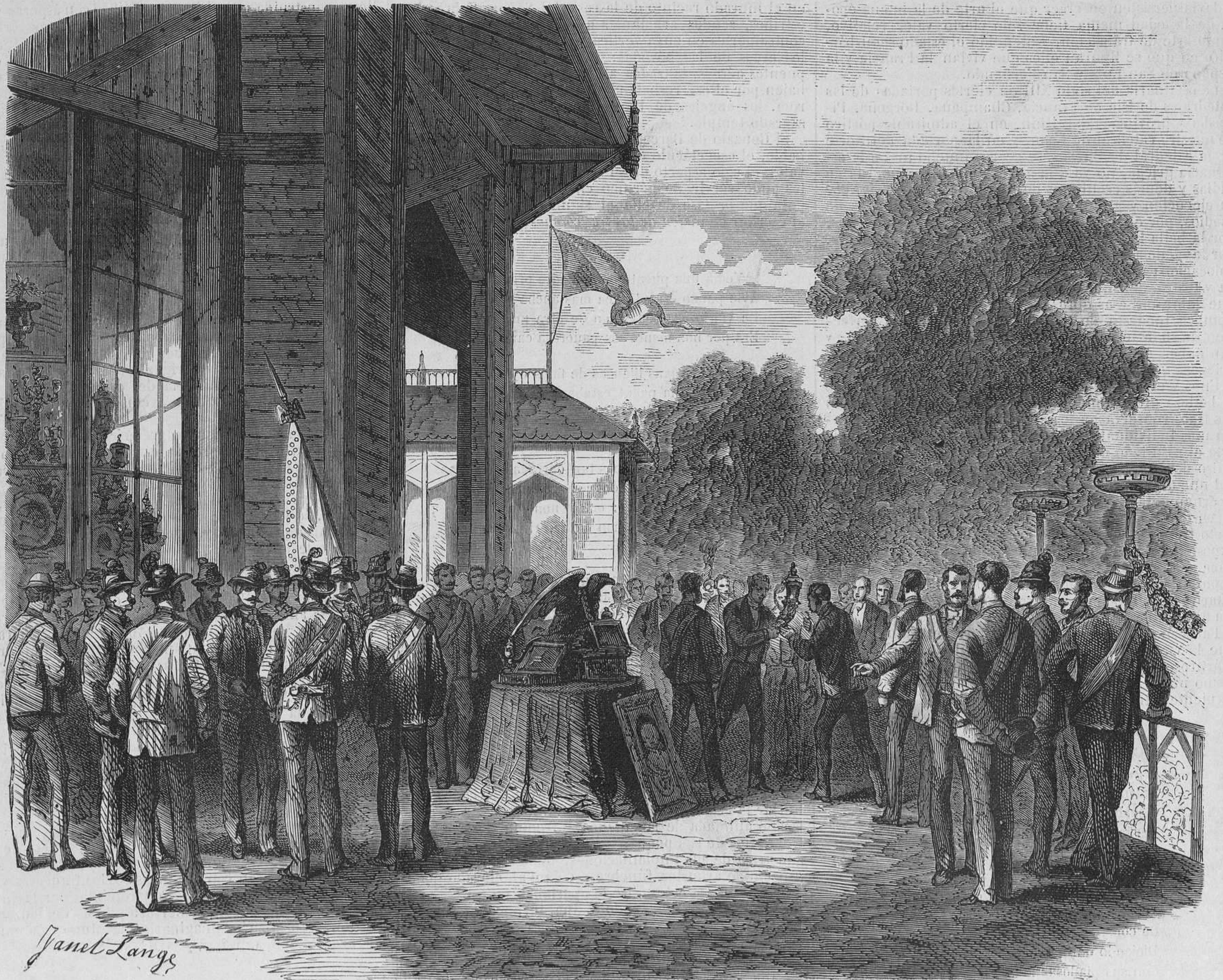
El tiro federal alemán en Viena.

Hoy completamos la publicación de la interesante serie de dibujos que hemos recibido de Viena. Los dos

que figuran en este número representan la vista exterior de la sala de tiro y la ceremonia de la distribución de premios, presidida por el alcalde de Viena M. Zelinka. El cuadro que figura entre los premios expuestos es un regalo de M. de Beust y representa la Alemania. Nues-

tros lectores pueden tener por rigurosamente exactos los dibujos que hemos publicado, pues su autor, M. Petrorits, se contaba en el número de los organizadores de las fiestas del tiro.

P. P.



El tiro federal en Viena. — La distribución de premios.

Janet Lange

Incendio en la calle de Saint-Antoine.

Aunque en la crónica semanal de los acontecimientos parisienses habrán visto ya nuestros lectores una relación compendiada del terrible incendio de la calle de Saint-Antoine, que ha costado la vida á una familia entera, vamos á dar hoy pormenores más detallados sobre este mismo hecho, al que consagramos á la par uno de los dibujos de este número.

La casa incendiada, que es la que lleva el número 133, tiene cinco pisos, con una fachada que solo ocupa cinco metros de anchura. En el piso bajo hay una tienda alquilada por M. Lemenil, que vendía en ella manteca y huevos.

Cada piso se componía de dos ó tres habitaciones pequeñas donde vivían obreros, excepto el principal, reservado á M. Lemenil.

El sábado 9 de agosto á eso de las once, el fuego prendió en la trastienda, y alimentado por la paja y las mercancías, proyectó en algunos instantes una llama considerable que invadió rápidamente la escalera hasta su extremidad superior.

Cuando llegaron los bomberos del punto más próximo, toda la escalera ardía, y era imposible subirla; y sin embargo, en todos los pisos se oían gritos desesperados pidiendo socorro.

El fuego quemaba todas las puertas y penetraba en las habitaciones.

Varios inquilinos de los pisos principal y segundo pudieron escaparse fácilmente, y otros que ocupaban las habitaciones de los pisos tercero y cuarto en la parte de detrás, lograron salvarse también trepando á un tejado contiguo.

Por todas partes la muerte era segura, y la intensidad del fuego era cada vez mayor.

Entonces el cabo Thibault, del cuerpo de zapadores bomberos, arriesgó diez veces su vida por salvar á diez personas.

En menos de quince minutos, provisto de una simple escala con gancho, subió al tercer piso, de donde bajó á los esposos Jacob y á su hijo, y luego subió al cuarto, de donde bajó igualmente á los matrimonios Jourdain y Genty, con sus dos hijos. Quedaba en el piso quinto la mujer Folbas, de edad de sesenta años, pero para llegar á ella había que vencer una dificultad muy peligrosa.

Delante de su ventana reina una canal que sobresale treinta centímetros, de manera que la escala, al engan-

charse en el marco de esa ventana, venía á quedar no ya verticalmente sobre la pared, sino en una posición inclinada horizontalmente; y por lo tanto era muy peligroso á tal altura el aventurarse sobre aquella escala.

El cabo Thibault no vaciló, y habiendo llegado al cuarto, se cargó á la espalda la pobre mujer, sujetándola fuertemente con una sábana,

ma persona que acababa de arrancar á una muerte cierta.

La inmensa muchedumbre que rodeaba la casa incendiada, prorumpió en frenéticos aplausos.

Uno de los oficiales superiores de bomberos nos ha asegurado que en los anales de este cuerpo no hay ejemplo de un salvamento ejecutado con tanto riesgo.

Mientras el cabo Thibault salvaba á diez personas, las bombas dominaban el incendio.

Apagado el fuego, el comisario de policía, M. Marthores, y el oficial de paz, M. Foucault, penetraron en las ruinas, y pudieron ver que todo cuanto había en las habitaciones había quedado destruido.

En el quinto piso un horrible espectáculo se ofreció á sus ojos. Cinco víctimas yacían allí, todas carbonizadas.

Era una guardilla ocupada por un obrero impresor, llamado Morange, y su familia, compuesta de su mujer, de una hija de quince años de edad, y de otros dos hijos, el uno de once años y el otro de pecho todavía, que criaba su madre.

Inmediatamente se organizó una colecta en favor de las víctimas del siniestro, la cual ha producido abundantes ofrendas.

Durante una porción de días la muchedumbre de curiosos no ha cesado de agolparse en torno de la casa incendiada. Por todas partes y en todos los grupos no se hablaba más que del valor del cabo de los bomberos.

El cabo Thibault ha recibido la cruz de la Legión de Honor el 15 de agosto. ¡Una cruz bien merecida!

P. P.



PARIS. — Incendio del 9 de agosto en la calle de Saint-Antoine. El cabo Thibault operando su décimo salvamento.

Luego emprendiendo la bajada por la peligrosa escala que se doblaba con su peso, llegó al último escalon, se asió á él con entrambas manos, y mediante una sorprendente maniobra gimnástica, consiguió lanzarse sobre la barra de un balcon del cuarto piso, donde pudo mantenerse en equilibrio, lo que le permitió recoger su escala y bajar á la calle con la déci-

Un recién nacido, por el solo hecho de su presencia, solía reconciliar á las familias desunidas hacía muchos años.

En su alegría de ser madre, la castellana se mostraba compasiva y generosa con sus vasallos. El señor, gozoso de tener un heredero, les concedió por su parte algunas gracias y mercedes.

El bautismo,

EL CASAMIENTO Y EL ENTIERRO EN LA EDAD MEDIA.

Con el título de *Memorias del pueblo francés*, acaba de publicar el conienzudo escritor Agustín Challamel, un nuevo volumen que, aunque se refiera á los usos y costumbres de los franceses en tiempos pasados, ofrece muchos y muy curiosos datos, propios para entretener á nuestros lectores. Vamos á ofrecer alguna muestra de ellos.

El día del bautismo era de gran fiesta, porque empezaba á vivir el cristiano, libre de la mancha original. Para llevar el niño á la iglesia, se le ponía un traje blanco, símbolo de inocencia, y se llevaba con él un pedazo de pan, destinado al primer pobre que se encontrase, á fin de que hasta un desconocido participara de la alegría de la familia. En París y en las grandes ciudades se llenaban de agua de rosa vasos grandes y se distribuían grajeas, pasteles y confituras en honor de la madre y del recién nacido.

Un nacimiento era en la corte ocasión de desplegar la mayor magnificencia. Desde el primer momento los cortesanos se agrupaban al rededor de la cuna, y después se dirigían con gran pompa á Vincennes, donde se hallaban las fuentes bautismales de los hijos de Francia.

Desde las reinas hasta las súbditas más pobres, todas las madres criaban los niños á sus pechos. Blanca de Castilla, madre de Luis IX, cayó enferma criando á su hijo.

— Tomad una nodriza, la decían los médicos.

— Nadie me quitará jamás, contestaba, el título de madre que debo á Dios y á la naturaleza.

Desgraciadamente, lo que había de bueno en esta costumbre, había de malo en el modo de fajar los niños, envolviéndolos en mantillas, de modo que les privaran el uso de sus miembros.

La miseria y el libertinaje ocasionaban muchas víctimas, siendo frecuente encontrar niños abandonados en las calles al rayar el día. Para ejercer la caridad pública con aquellas criaturas, empezaron á fundarse algunas inclusas; hecho consolador en medio de la noche de la edad media y de los espantosos abusos de la organización feudal.

El casamiento daba lugar á una gran fiesta, mayor aun que la del bautismo.

En algunas provincias del Mediodía, el joven que aspiraba á la mano de una mujer, llevaba á casa de sus padres un odre lleno de vino; si bebían, era señal de que se aceptaba; si se negaban á beber, el novio había recibido calabazas.

Entre los vossos se ofrecía á las chicas virtuosas que se casaban, una polla blanca; si la reputación de la novia no estaba enteramente intacta, se omitía el presente.

En algunas provincias se echaban flores y espigas por el sitio en que debían pasar los esposos, como símbolo de prosperidad; en otras se ofrecía una rueda á la novia, en representación del trabajo; en algunas el marido ponía la rodilla sobre el delantal de la mujer, como símbolo de autoridad; en los bajos Alpes, al llegar la novia á la habitación del esposo, recibía tres panecillos que debía distribuir, dos á los criados de la casa, y uno á los extraños, representando la toma de posesión del hogar; en Bresse, la madre de la desposada daba á su hija una pieza de tela que debía servir para amortajarla, y en el acto del casamiento, el marido se comprometía á surtir á su mujer de vestidos negros para llevar luto por el padre y la madre y el día de difuntos.

En toda Francia se ponía una corona de rosas á la novia para ir á la iglesia, corona que á veces era de plata y oro. El traje de la novia variaba según las comarcas, desde blanco hasta negro.

El marido estaba obligado á constituir ante el sacerdote una dote á la mujer. En las orillas del Aisne y del Oise, si los novios no tenían casa, los obreros del país les construían gratuitamente una cabaña. Práctica fraternal y laudable.

En todas partes sucedía á la ceremonia religiosa la fiesta doméstica, comidas interminables, acompañadas de bailes y canciones; durante los días de la boda no se hacía más que beber, y el novio estaba condenado á contestar á todos los brindis.

El mejor de todos los usos era el siguiente:

En la Montaña Negra, al conducir á la novia al hogar del marido, la madre de este entregaba á su nuera una escoba y un cántaro: la novia regaba y barría el cuarto, y concluida esta obligación, se colocaba delante de la casa, teniendo colgados de la cintura, por un lado, un acerico lleno de alfileres, y por otro una bolsa vacía, donde los convidados echaban sus ofrendas para pagar los alfileres de la novia.

En la edad media los hombres se batían incesantemente, y rara vez se curaban cuando caían malos; las jornadas, los trabajos duros, las habitaciones insanas y otras causas, contribuían á diezmar las familias, pero no porque las muertes fueran muy frecuentes, dejaban de dar ocasión á alardes de dolor profundo é interesantes ceremonias.

Cuando una familia perdía alguno de sus miembros, se cortaban inmediatamente todas las flores del jardín, y no se dejaba crecer ninguna mientras duraba el luto. El cadáver se exponía, como en la antigüedad, con el rostro descubierto, y los parientes, amigos y vecinos se reunían para velar el difunto.

Los cuerpos eran generalmente llevados en hombros de los parientes y amigos del muerto: en algunos puntos se llevaba al cementerio un odre de vino para beber sobre la sepultura; en otras la borrachera tenía lugar en casa del difunto, donde se brindaba por la salud del muerto. Las mujeres lloraban de oficio, gritando: «tanto ha removido la tierra que ha abierto su tumba.»

Tales eran las costumbres de la edad media, según las *Memorias* á que nos hemos referido.

L. E.

Revista de Paris.

La sesión anual del Instituto de Francia, en la que se lee el informe relativo á los premios concedidos á la virtud, ha tenido lugar el jueves último. El conde de Carné ha sido este año el redactor de ese interesante informe, que pone de relieve esas obras de abnegación cotidiana efectuadas en la oscuridad, lo que las da precisamente el carácter meritorio que busca la Academia. M. de Carné ha explicado con suma claridad el objeto de esta fundación, que no es el aplicar á la caridad el sistema de primas, ni basar en el interés material el principio generador del deber. Los laureados de la Academia ignoran la existencia de las coronas tejidas tan lejos de ellos, así como ignoran también las investigaciones hechas sobre su conducta, y que no podrían provocar sin verse excluidos de la lista de los premios.

«Precedido de una información administrativa, dice el conde de Carné, este concurso no deja á la responsabilidad directa de la Academia más que la clasificación con arreglo á los documentos que la remiten, de las acciones muy diversas por su naturaleza, pero que presentan todas ellas un carácter común, que es la inmolation de sí mismo. Los dramas á que dan lugar estas acciones se hallan desprovistos en su mayor parte de originalidad y colorido pintoresco. El campanario de una aldea marca el centro de todo su horizonte: su teatro es una choza, una escuela, un obrador; las más conmovedoras de estas escenas domésticas se efectúan en casas prósperas en otro tiempo, y sobre las cuales ha caído la ruina, neutralizada en sus efectos por la obstinada abnegación de algunos fieles sirvientes.»

El redactor del informe hace seguidamente un paralelo entre el cuadro que ofrecen en Francia las virtudes y el que presentan los vicios, y dice, y con razón, que el espectáculo de los deberes severamente cumplidos tiene menos atractivos que la relación de las flaquezas que han venido á ser el pasto cotidiano de una curiosidad hastiada.

«Al lado de la prensa, continúa el informe, cuyo ardor se enciende en el hogar de nuestras pasiones más elevadas, aparece otra que se ha desarrollado como una planta parásita sobre el tronco cuya savia consume. Especuladores en escándalos atentos á las necesidades de su triste industria, consagran á descubrir las llagas del país el mismo cuidado que podemos consagrar nosotros á poner de relieve las virtudes que le honran. La Academia se felicita, gracias á la ocasión que le suministra una previsorá solicitud, de proclamar el indisoluble acuerdo de lo bello literario con lo bello moral, oponiendo una vez cada año á tan enervantes pinturas el cuadro vivo de una nación sana y fuerte; la Academia se complace en introducir solemnemente el coro de los humildes en este recinto, teatro de triunfos cuyo carácter ordinario no es la humildad. Bueno es que estos modestos vencedores le atraviesen antes de volver á entrar en la oscuridad de la que salen por un día, dejando aquí, con el perfume de sus virtudes, esta útil lección, que las mejores victorias son las que se alcanzan sin haber aspirado á ellas.»

A esta introducción sigue el relato de los hechos, entre los cuales hay uno particularmente interesante. Vamos á extractar la detallada relación del informe.

En el verano de 1867, tres militares españoles comprometidos en una tentativa de insurrección, atravesaron uno de los risueños valles que separan la Francia de la España, y penetraron en el pueblecillo de Arreau.

Dos de ellos estaban heridos, y el otro comenzaba á sentir los ataques de una fiebre tifoidea, que le condujo á las puertas del sepulcro.

Extenuados de cansancio y cubiertos de sangre, imploraron en vano la hospitalidad, hasta que una buena mujer, llamada Raimunda Olive, muy conocida en la comarca por sus obras filantrópicas, se acercó á los tres desdichados que estaban en la calle, los llevó á su pobre vivienda y se constituyó en su enfermera.

Las heridas eran graves, pero no incurables, si se las aplicaba un tratamiento difícil, del cual se encargó Raimunda, consagrándose á tan piadosa tarea con un celo y una solicitud que á veces, dice la relación del académico, hizo olvidar á los heridos la familia y la patria ausentes, que es lo que menos se olvida en este mundo.

En suma, en esta generosa tarea Raimunda agotó sus recursos, pero salvó á los dos heridos y al enfermo, como ellos mismos han atestiguado ante los jueces de paz del cantón de Arreau.

La Academia ha concedido á Raimunda Olive un premio de 2,000 francos.

¿Se quieren acciones de distinto género?

Hé aquí la historia de María Tremolet, domiciliada en Buzens (Aveyron), que es digna también de las recompensas académicas.

María Tremolet tenía una amiga, madre de cinco hijos, que murió dejando un marido disipador, el cual no tardó mucho tiempo en devorar el escaso patrimonio, cuya custodia le estaba confiada.

Conmovida en favor de los pobres niños, María Tremolet quiso ser la madre que les faltaba, y esta resolución la condujo á rechazar diversas proposiciones matrimoniales, y luego á dejar su residencia para establecerse en otro pueblo donde los chicos podían instruirse más fácilmente.

Gracias á sus cuidados verdaderamente maternos, los huérfanos tienen hoy oficio y se ganan la vida, rindiendo un ho-

menaje merecido á María Tremolet, cuya perseverante ternura es un objeto de admiración para todos cuantos la conocen.

Luego se cita el ejemplo de Mlle. Guenin, que ha consagrado cuarenta años á la fundación de escuelas de niñas en el departamento del Alto Marne, y que ha conseguido abrir hasta una docena de estas escuelas libres, tan útiles en las aldeas.

Tres sirvientas aparecen después como otros tantos desdichados de abnegación, casi podríamos decir de heroísmo.

La primera es María Planchat, agregada al servicio de un establecimiento metalúrgico de las cercanías de París, la cual durante largo tiempo ha compartido los males que debió su amo á la imprudente aplicación de ciertos procedimientos científicos á su industria. Este desdichado inventor cayó en la más profunda miseria, y sin María Planchat, que trabaja para él sin descanso, el hombre engañado en todas sus esperanzas habría sucumbido fatalmente.

Ana Theron, natural de Nancy, y que tiene hoy la edad de setenta y siete años, se halla desde su juventud al servicio de una familia cuyo jefe murió dejando cinco hijos casi en la indigencia. Ana Theron continuó sirviendo sin salario ninguno, pero esto es lo menos, pues habiendo muerto también la madre, se encontró frente á frente con un deber más difícil para ella, el de cuidar y educar al más joven de los huérfanos, lo que llevó á cabo imponiéndose una vida de sacrificios.

Por último, María Ana Fabié, de Montpellier, no solo se quedó sirviendo durante cierto tiempo á una persona que también había caído en la miseria, sino que tuvo después fuerza bastante para entrar en otra casa, á fin de atender al sustento de aquella desgraciada señora.

Cinco años hace que la sostiene.

«A ese milagro de abnegación continua, dice esta señora, debo el vivir aun, no obstante las pruebas que han quebrantado mis fuerzas, pero de cuyos males no me quejo, pues que la Providencia, al imponérmelos, ha enviado á semejante ángel en mi auxilio.»

La Academia premia particularmente acciones de esta especie, en unos tiempos en que se considera el mal espíritu de la domesticidad como una plaga de las grandes ciudades. Es verdad que no es en estas ciudades donde se dan tales ejemplos.

Otra porción de acciones filantrópicas se citan después en el informe, que es un cuadro completo de la caridad ejercida bajo todas sus formas.

Nombradas ya las personas que han merecido estos últimos premios, el informe continúa en estos términos:

«Bajo cualquiera forma que se produzca, el olvido de sí mismo produce siempre la intuición instantánea de esa belleza moral, que es la más poderosa de las fuerzas y el más vivo de los placeres. Sucede con el sol del alma, lo que con el sol que nos alumbrá, luce para todos. El indigente que lucha contra el hambre, el obrero que sucumbe bajo el peso de su trabajo, el prisionero que tiene medidos el aire y el espacio, se calientan, á despecho de la suerte, con los rayos de ese astro sagrado, cuando su corazón se eleva lo bastante para recibir y concentrar semejantes llamas. Ni la riqueza, ni la cultura intelectual son necesarias para que se abra lozana la flor que perfuma nuestra vida mortal, y nadie está desheredado del derecho de respirar sus fortificantes aromas. Los seres consagrados á la asidua práctica del bien, sea cual fuera la condición en que se hallen, brillan en la sombra como la lámpara de un santuario y se elevan sobre la humanidad, según la medida en que la sirven. Si su semblante conserva la huella de las pasiones vencidas, de los dolores dominados, más visible aun tiene la marca de la santidad que sigue á la victoria. Cuando se ha probado la dulzura de la inmolation voluntaria, el *goce de las lágrimas* de que habla el poeta, no es nada comparado con el de la privación aceptada y elegida. Las satisfacciones que se niega el hombre no son las que menos aprovechan á su felicidad, pues todo el secreto del gran arte de ser feliz consiste en limitar el campo de nuestros deseos para ensanchar el de nuestros deberes, de manera que nos ocupemos siempre del prójimo más que de nosotros.»

Este es el pensamiento que se desprende naturalmente de los hechos que refiere el informe, y que con la mayor brevedad posible hemos resumido para nuestros lectores.

La prensa de París se ha ocupado estos últimos días de una celebridad teatral que acaba de morir en el apogeo de su gloria; y como si no bastaran los artículos necrológicos, se ha publicado también una extensa biografía que contiene los pormenores más minuciosos.

Nos referimos á miss Menken, natural de Nueva Orleans, y conocida en América más que en Europa, donde su fama es muy reciente, porque aquel ha sido el principal teatro de sus aventuras.

Cuando miss Menken vino á París y salió al teatro de la Gaité en los *Piratas de la Savana*, haciendo un papel de muda introducido para ella en la pieza, en razón á que la lengua francesa la era desconocida, señalamos en estas revistas la aparición de la actriz americana, y dijimos algunas palabras sobre esta mujer verdaderamente notable. Dijimos, si mal no recordamos, que era poetisa, que hablaba el griego, el latín, el hebreo y el español, que había compuesto diferentes obras, redactado periódicos y profesado el latín en una ciudad norte-americana, y que por último, consagrándose al teatro, había emprendido una excursión que la había valido grandes triunfos en la Habana, en Méjico y en otras capitales.

Luego abandonó el teatro y aprendió la escultura en Co-

lombus con un artista llamado T. D. Jones; pero al fin volvió á las tablas, y pareció consagrarse definitivamente á la carrera dramática.

El biógrafo á que nos referimos describe de este modo el entusiasmo que suscitó su presencia en San Francisco:

«Vino á ser la reina de la moda para la aristocracia femenina: delante de ella se descubrían á la par el opulento armador y el tosco minero, y cuando aparecía en la calle de Montgomery, envuelta en sus pieles de 1,000 dollars, en su hermoso carruaje con un tiro de espléndidos caballos, era como una soberana en medio de su pueblo.

«La víspera de su marcha, los notables de Virginia-City la regalaron una barra de plata que pesaba cerca de doscientas onzas y que tenía esta inscripción: A MISS ADAH ISAACS MENKEN, SUS AMIGOS DE VIRGINIA, NEVADA TERRITORY, 30 DE MARZO DE 1864. El coronel Sawyer la entregó este regalo y miss Menken se manifestó sumamente agradecida á tan señalada honra como la habían dispensado.

» Los principales habitantes decidieron también por unanimidad que una de las mejores calles de la ciudad del oro llevaría su nombre. En suma, no sabían qué imaginar para rendirla cada día nuevos homenajes, y uno de los más curiosos fué seguramente el de su elección al grado honorífico de capitán de la guardia ligera de Dayton. Sus soldados la entregaron con toda la solemnidad propia del caso una hermosa espada y las charreteras de la compañía. En la sala de armas de la compañía hay en la actualidad un retrato de cuerpo entero de miss Menken vestida con aquel uniforme.»

De América pasó á Londres, donde fué muy aplaudida, así como lo fué también en París en el mencionado papel de los *Piratas de la Savana*, donde se celebraba su gracia y su soltura escénica. Lo más notable era su carrera atada á un fogoso caballo que saltaba los precipicios, causando la admiración de la muchedumbre.

Justamente ahora había vuelto á París y ensayaba de nuevo el mismo papel, cuando hubieron de interrumpirse los ensayos por una indisposición que se creyó muy leve y que sin embargo, se agravó y la llevó al sepulcro: miss Menken falleció el 11 del pasado, y dos días después volvió otra vez en escena los *Piratas*: miss Sara Dowe, otra nueva estrella, como dicen los parisienses, había reemplazado á la estrella eclipsada.

Los teatros comienzan á dar señales de vida anunciando ya las primeras novedades para la temporada próxima, que se acerca á paso rápido. Lo más notable que encontramos en estos anuncios es un nuevo drama de Jorge Sand para el teatro de la Puerta de San Martín, que se titula *Cadio*, en el cual desempeñará el principal papel un tenor francés de gran fama, Roger, que después de haber brillado en la Ópera Cómica y en la Grande Opera, después de haber recorrido la Alemania haciéndose aplaudir tanto en el repertorio francés como en el italiano, se ha decidido en el día á ser actor en una escena relativamente secundaria. *Cadio* será la primera obra nueva de importancia literaria que veremos en los teatros parisienses, pues en cuanto á las otras que se indican igualmente de Victoriano Sardou, y Alejandro Dumas, todavía no han salido de manos de sus autores.

En los teatros líricos lo único que se da por seguro es que la celebrada ópera de Gounod, titulada *Fausto*, pasará del Lírico á la Grande Opera, exornada naturalmente con el indispensable baile y el gran aparato escénico propio de este teatro. Esta noticia prueba más que nada la indigencia de la composición musical francesa en la época que atravesamos. ¡Un teatro como el de la Academia Imperial de Música apela al recurso de arrebatar á una escena de importancia inferior, una de las principales piezas de su repertorio! No hay duda que con este método es sencillísimo dar novedades.

Más dignos de alabanzas son los esfuerzos de los teatros de segundo y tercer orden. Por ejemplo el de las *Fantaisies Parisiennes*, que durante el invierno último puso en escena el *Barbero de Sevilla*, de Paesello, nos ofrece en su actual programa una nueva ópera en tres actos, de Ricci, sin contar varias operetas de compositores franceses, con las que se propone inaugurar la temporada.

Por último, en cuanto al Teatro Italiano nada decimos, porque esperamos próximamente el programa de M. Bagier, y entonces sabremos á qué atenernos sobre los ajustes de tantos artistas eminentes que hoy dan los noticieros como contratados.

MARIANO URRABIETA.

Un huérfano en el mundo.

CUENTO INGLÉS

POR DUTTON COOK.

(Conclusion.)

La noche estaba calorosa, pero en aquella altura se respiraba un aire suave y agradable. M. Baxter se detuvo un momento para gozar de aquel ambiente. Luego se adelantó por el caballete del tejado y llegó á otra pequeña trampa que estaba abierta y por la cual se po-

dia penetrar en la habitación de M. Pomeroy. Al bajar se M. Baxter para entrar por esa trampa, se le cayó del bolsillo el frasquito, que se rompió contra las tejas. El hombre vaciló un momento.

— ¿Será esto un buen presagio ó malo? se preguntó.

Temblaba horriblemente, porque sabía muy bien lo que hacía. Hablando francamente, cometía un robo nocturno con efracción en una casa habitada. M. Baxter reconoció que el cuarto de su vecino tenía la misma disposición que el suyo. Reinaba profunda oscuridad y M. Baxter caminaba á tientas. Al entrar en un pasillo pudo ver que había luz en una de las piezas de delante.

Reteniendo su aliento y procurando comprimir los latidos de su corazón tan violentos que le parecía debían oírse, se adelantó sin hacer el menor ruido. Si era descubierta, estaba perdido: bien lo conocía. Y en último resultado, ¿no lo estaba ya?

Estaba, sí, arruinado y muriéndose de hambre, pero no deshonrado, ni era todavía criminal. Detúvose un momento, y continuó después su marcha, hasta pararse junto á la puerta de la pieza donde había luz. Aguardó para cerciorarse de si había sido descubierta ó sospechada su presencia, pero todo seguía en la tranquilidad más completa.

VIII.

Ardía sobre una mesa una lámpara que iluminaba una pieza elegantemente amueblada, cubierto el suelo con una rica alfombra de Turquía, lujosas cortinas en las ventanas, lienzos en marcos dorados adornando las paredes y un gran espejo sobre la chimenea.

M. Pomeroy estaba sentado delante de la mesa, recostado contra un sillón, y con la espalda vuelta hacia la puerta. Tenía delante una botella de aguardiente y á su lado una caja grande abierta. Su mano derecha se apoyaba sobre la mesa y tenía á su alcance un montón de papeles y de dinero, mitad billetes de banco y mitad soberanos.

A lo que podía juzgarse por su actitud, M. Pomeroy estaba dormido tan profundamente en su cuarto, como horas antes en el *Bantam*. Si M. Baxter necesitaba dinero, como así era en efecto, y tenía la intención de robarlo, como así era seguramente, porque si no ¿á qué había ido en mitad de la noche al cuarto de su vecino? la ocasión no podía ser más favorable.

Entró en la pieza arrastrándose sobre sus rodillas y sobre sus manos, y luego que llegó junto al sillón de M. Pomeroy se levantó. Tenía ya extendida la mano para recoger el dinero que brillaba á la luz de la lámpara ante sus ojos, cuando se detuvo de repente. Su atención fué herida vivamente por la vista de su propio rostro, reflejado en el espejo que había sobre la chimenea.

¡Qué semblante aquel tan aterrado, tan desfigurado, tan lívido! Apenas lo reconoció por suyo. Era la cara de un ladrón. Maquinalmente retiró la mano y bajó un poco la mirada. Entonces sintió estremecerse de nuevo y se llenó de espanto y de terror. No era su rostro, sino el de M. Pomeroy, el que veía en el espejo.

M. Pomeroy no estaba dormido, sino que tenía los ojos abiertos y fijos en el rostro del hombre que venía á robarle. Estaba recostado contra el sillón, pero despierto, y con conciencia de sí propio: estaba en vela. Había reconocido á su vecino, ¿y cómo podía dejar de reconocerle? Veíale bajo su verdadero aspecto, no como hombre que merecía compasión, conmiseración y auxilio, sino como un traidor, un criminal.

M. Baxter, sofocado un grito de terror, huyó, subió al tejado, bajó por su escalera y se encontró en su cuarto. No había consumado su crimen. Registróse los bolsillos para cerciorarse, pues tan aturdido estaba que no sabía si á pesar suyo, y sin tener de ello conciencia, había llevado su mano al oro de M. Pomeroy. Nada encontró y dió gracias al cielo; al menos no se le podría acusar de haber robado. Pero había sido visto y reconocido, y pronto sería demandado, convicto y deshonrado. ¿Por qué había de tener indulgencia con él M. Pomeroy? ¿Qué era él para Pomeroy?

Mañana sería conocido en su *inn* y circularía en todo Londres la historia de su robo, de un robo premeditado. Pomeroy no era hombre para mostrar indulgencia en esta materia; ¿y por qué había de vacilar en deshacerse de un vecino que se había portado infamemente, al igual de un ladrón vulgar? M. Baxter se arrodilló en la actitud de la oración, del arrepentimiento, del remordimiento.

Completamente humillado y abatido, olvidó su hambre, su miseria, la ruina que pesaba sobre él y su familia. No podía pensar en otra cosa que en su falta y en la deshonra que de su falta iba á resultar. Verdad era que no había sido consumado, que no podía convenírsele de ningún robo verdadero. Pero, ¿cómo le juzgaría el cielo? ¿Era á los ojos de Dios menos culpable la intención que la acción? Resolvió ir á la mañana siguiente á revelárselo todo á M. Pomeroy y á implorar su perdón, y en seguida perdió el conocimiento.

IX.

Temblando y asustado, sin saber por qué, fué á ver la causa de un ruido extraordinario, y encontró en el rellano á la lavandera de M. Pomeroy, la cual había estado llamando á la puerta de este sin poder hacerse

oír. No tenía llave porque M. Pomeroy nunca se la dejaba y le abría él mismo la puerta cuando llamaba por las mañanas.

La lavandera temía que hubiese ocurrido algún accidente, que M. Pomeroy estuviese enfermo, pues nunca había tardado tanto en oírlo. M. Baxter le preguntó en qué podía ser útil en aquella circunstancia, y la lavandera le pidió permiso para subir al tejado por la escalera de M. Baxter, á fin de pasar al cuarto de M. Pomeroy.

— ¿Y se podrá pasar? preguntó M. Baxter bajando los ojos como un criminal.

La lavandera opinó que sí, y dijo que al menos lo intentaría, si M. Baxter se lo permitía. M. Baxter no podía negar su consentimiento. Pronto oyó un grito de alarma proferido por la lavandera, que salió del cuarto de M. Pomeroy, en la mayor agitación pidiendo auxilio, llamando en su ayuda á los porteros y criados del *inn*, y clamando que fueran á buscar un médico. M. Pomeroy era cadáver.

Llegó el doctor y dijo, que todo había concluido, y era inútil haberle hecho venir. Aquel hombre estaba muerto hacia ya bastantes horas. M. Baxter, durante el tumulto que ocasionaba el suceso, entró en el cuarto de su vecino, esta vez por la puerta y no por el tejado. Encontróse á M. Pomeroy recostado contra su sillón, con su caja abierta al lado y los ojos fijos en el espejo que había en la chimenea.

M. Baxter, se situó de pié detrás del sillón del difunto y miró de nuevo los dos rostros reflejados en el espejo. El suyo estaba pálido y fatigado, pero había desaparecido la expresión terrible de la noche anterior. Tenía el aire inquieto, abatido y triste, pero no de un criminal. En cuanto á M. Pomeroy, su rostro era tal como le vió M. Baxter en el momento en que creyó haber sido descubierta por el difunto. Ahora, sin embargo, todo se explicaba.

No había sido visto. M. Pomeroy, no había tenido nunca conocimiento de la entrada de un ladrón en su cuarto. Cuando M. Baxter se había levantado detrás de su sillón, mirando su oro con los ojos de codicia, estaba ya muerto M. Pomeroy. El médico le confirmó en esta opinión. Según el estado del cadáver, había motivos para creer que M. Pomeroy debió exhalar su último suspiro á media noche, poco más ó menos. Un comisario de policía fué encargado de guardar la morada del difunto y los efectos que había en ella hasta el momento de la información, que se decidió hacer lo antes posible.

M. Baxter volvió á su habitación enjugándose la frente. Tenía muchas cosas en qué pensar: en su situación desesperada, en su falta absoluta de pan, estando muy débil porque nada había comido hacia mucho tiempo, y en la posición de su mujer y de su hijo en el campo; pero apenas se atrevía á fijar su atención en todo esto. Y, sin embargo, cosa digna de notarse, una reflexión que nada tenía que ver con estos hechos era la que dominaba todos sus pensamientos.

Estaba preocupado con la idea de que el rostro de M. Pomeroy, desde que este había muerto, había perdido la expresión que le caracterizaba durante su vida. Ese rostro no era ya ceñudo, sombrío y amenazador. La mano de la muerte lo había suavizado. El anciano había tomado el aspecto de las otras cabezas calvas.

— Quizás no careciera enteramente de bondad, decía entre sí M. Baxter, hasta el momento en que sucesos que no es fácil saber, cambiaran y agriaran su carácter. Verdad es que todo parecía ir á su gusto. Y á pesar de eso, puede suceder que todo vaya ó parezca ir al gusto de uno, sin que por eso sea realmente feliz. Era rico, algo avaro tal vez; pero como decía él mismo en la noche anterior, no tenía nadie que se cuidara de él, ningún pariente. ¡Pobre hombre! De nada le sirve ya su dinero. ¡Ni un solo amigo! Pero quizás él tuviera la culpa. ¿Y si fuera tímido y reservado por carácter.

En esto vino á interrumpirle la entrada de una persona en su cuarto. Una mujer pálida y con aire de ansiedad, que había sido hermosa en otro tiempo, y lo era todavía, á despecho de ciertas arrugas que los cuidados y los disgustos habían marcado en su rostro, se arrojó á su cuello con un grito de alegría. Era su mujer.

— ¡Dios os bendiga, Jorge! exclamó prorumpiendo en llanto.

Traíale alimento para principiar, y además dinero que había recibido, según dijo luego que pudo hablar, de un amigo ó de un pariente que inesperadamente había vuelto á Inglaterra. Traía asimismo buenas noticias, pero que ya él debía conocer. Habíanse interesado por él en altas regiones y debía tener una carta que así se lo anunciaba.

M. Baxter fué á recoger sus cartas, y tomando su mujer con viveza la que tenía un timbre oficial, le dijo que la leyese en seguida. Era la que había tomado por un apremio para pagar las contribuciones atrasadas. Esa carta le anunciaba que estaba nombrado para un puesto judicial de cierta importancia en una de las colonias.

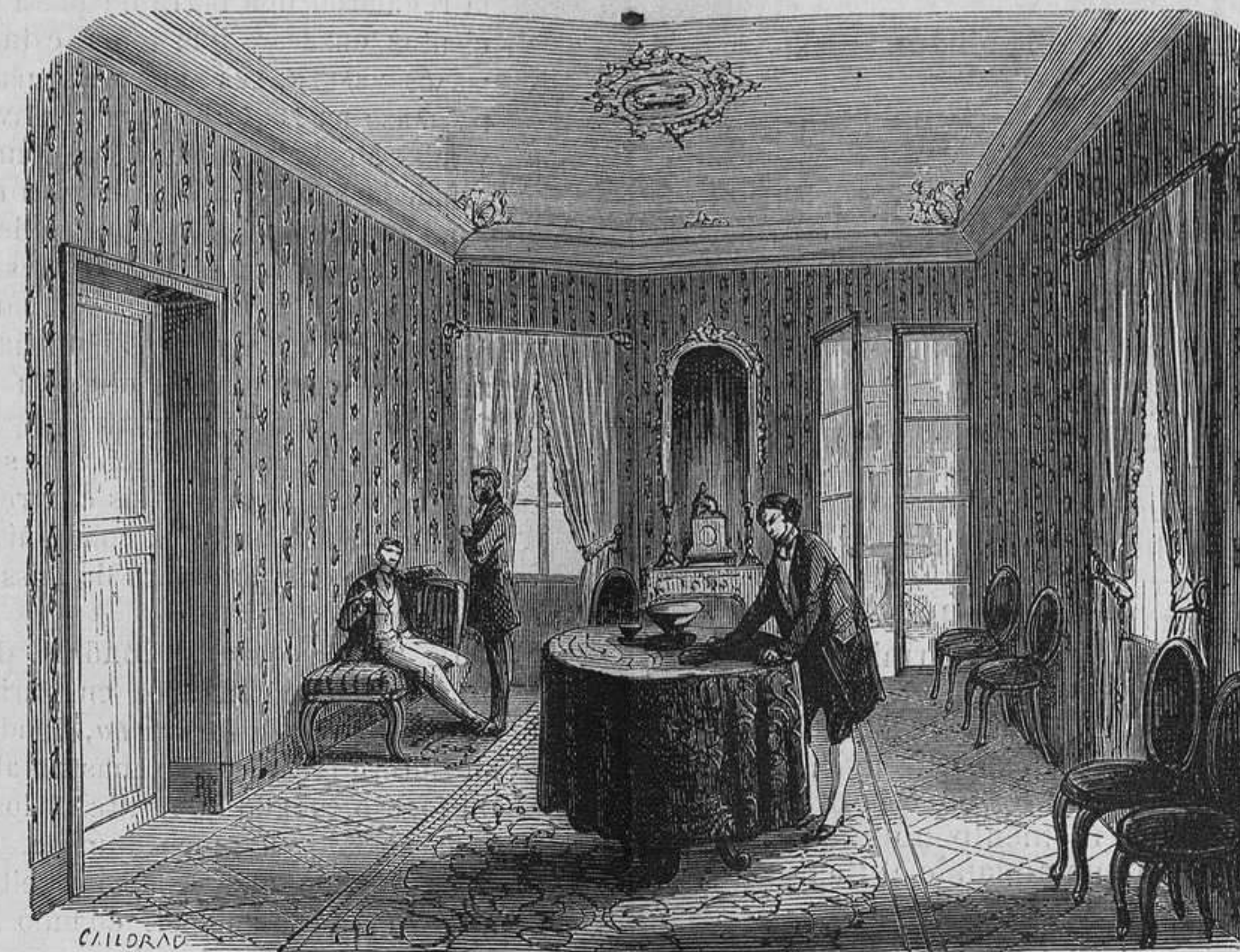
— No debería aceptar, porque me considero indigno, ¡Ay Elena! ¡si supiérais cuán próximo he estado en la noche pasada á cometer un crimen! ¡Dios me perdona! pero estaba loco de hambre, de miseria, y al pensar en la ruina que había traído sobre vos y sobre nuestro hijo...

Y el pobre M. Baxter cayó desmayado en brazos de su mujer.

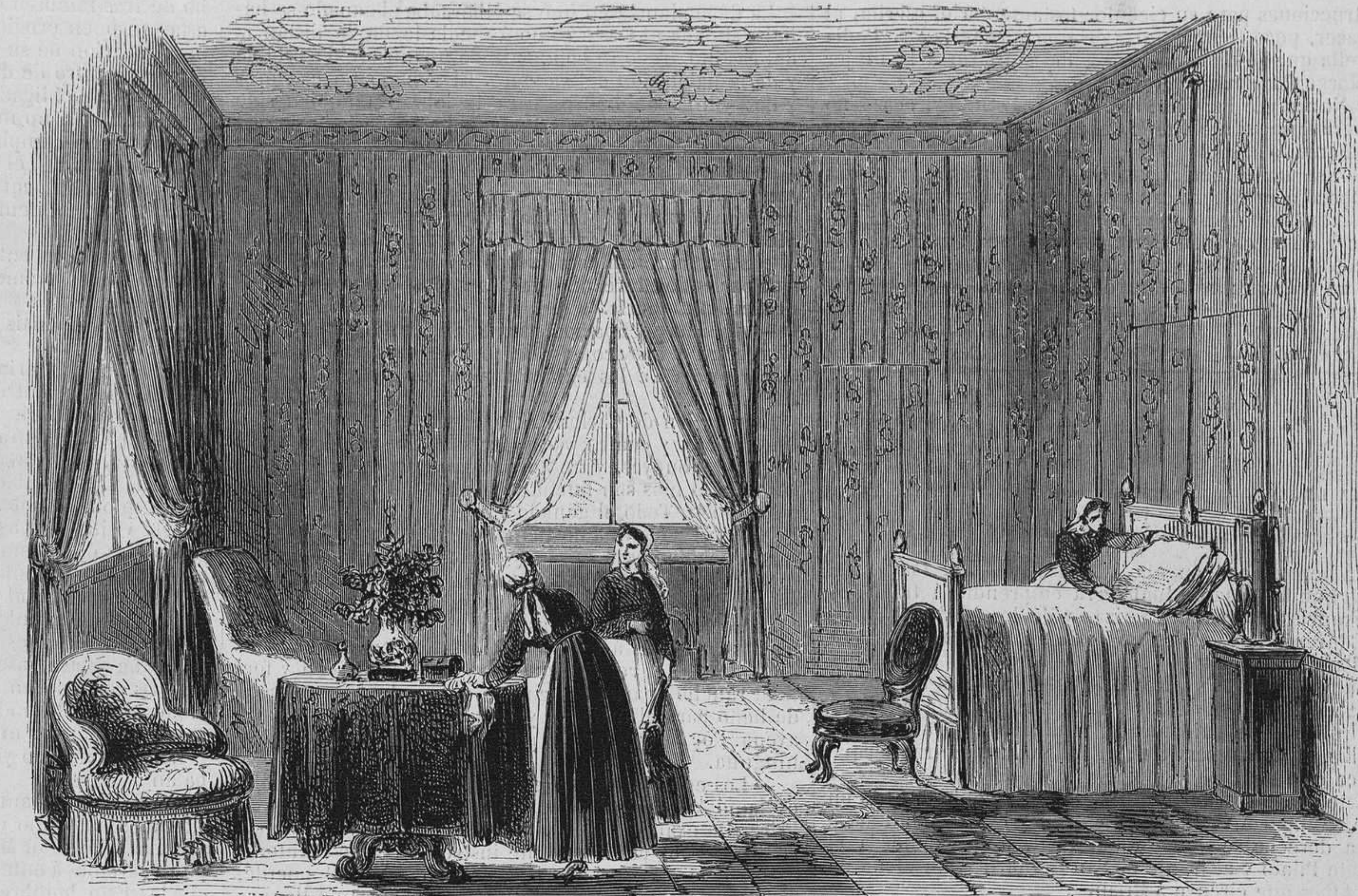


Salon de la reina.

Practicóse una información sobre la muerte de M. Pomeroy. El jurado declaró que había muerto de muerte natural, después de haber oído á los médicos, que certificaron que el difunto padecía de una hipertrofia en el corazón. M. Pomeroy había hecho un testamento que databa solo de algunos dias antes de su muerte. Dejaba un legado considerable á su lavandera, que tuvo una gran sorpresa. Esta decía que no le hablaba sino muy raras veces, que era el caballero mas taciturno de cuantos le confiaban la ropa, y que jamás había sabido fijamente si estaba ó no contento de sus servicios. Dejaba además otro legado para Josué, el mozo del *Bantam*, y un tercero para M. Jorge Baxter, su vecino.



Salon del príncipe Leopoldo.



Dormitorio de la reina.

M. Pomeroy legaba su caja de rapé de oro al administrador del *inn* á quien tenia costumbre de pagar su alquiler cada seis meses, y nunca en ninguna otra ocasión le había dirigido la palabra.

«Sé que toma rapé, decía en su testamento, porque

una vez tuvo la cortesía de ofrecerme un polvo de su propia caja.»

El resto de su fortuna lo dejaba á un establecimiento de caridad del que había sido secretario honorario durante algunos años, en una época anterior. Nombraba

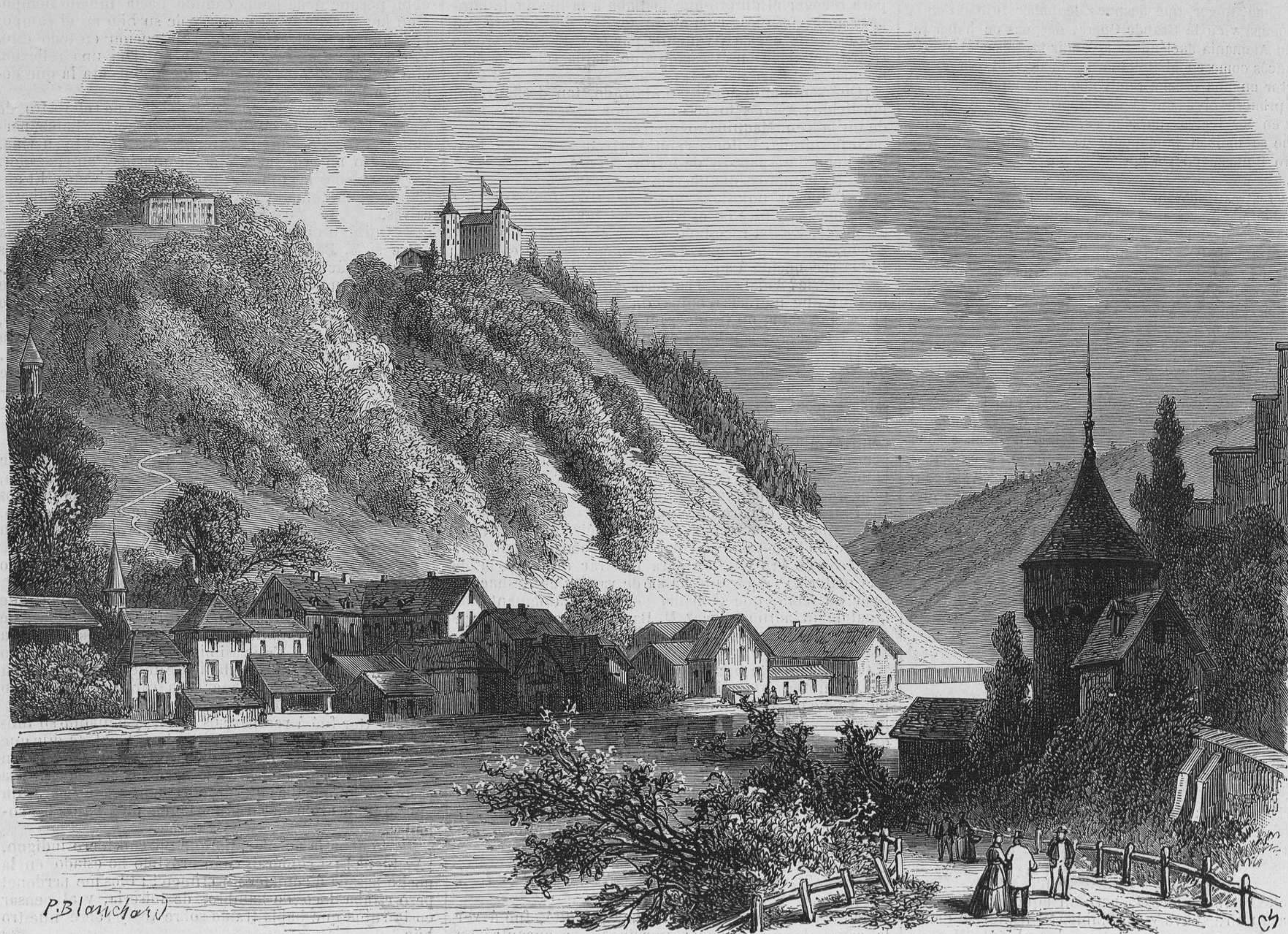
por su único ejecutor testamentario al que estuviera siendo secretario honorario en el momento de su muerte, rogándole que aceptara cien guineas en compensación de la molestia que le causaba.

« En caso de que llegara á creerse, continuaba el tes-

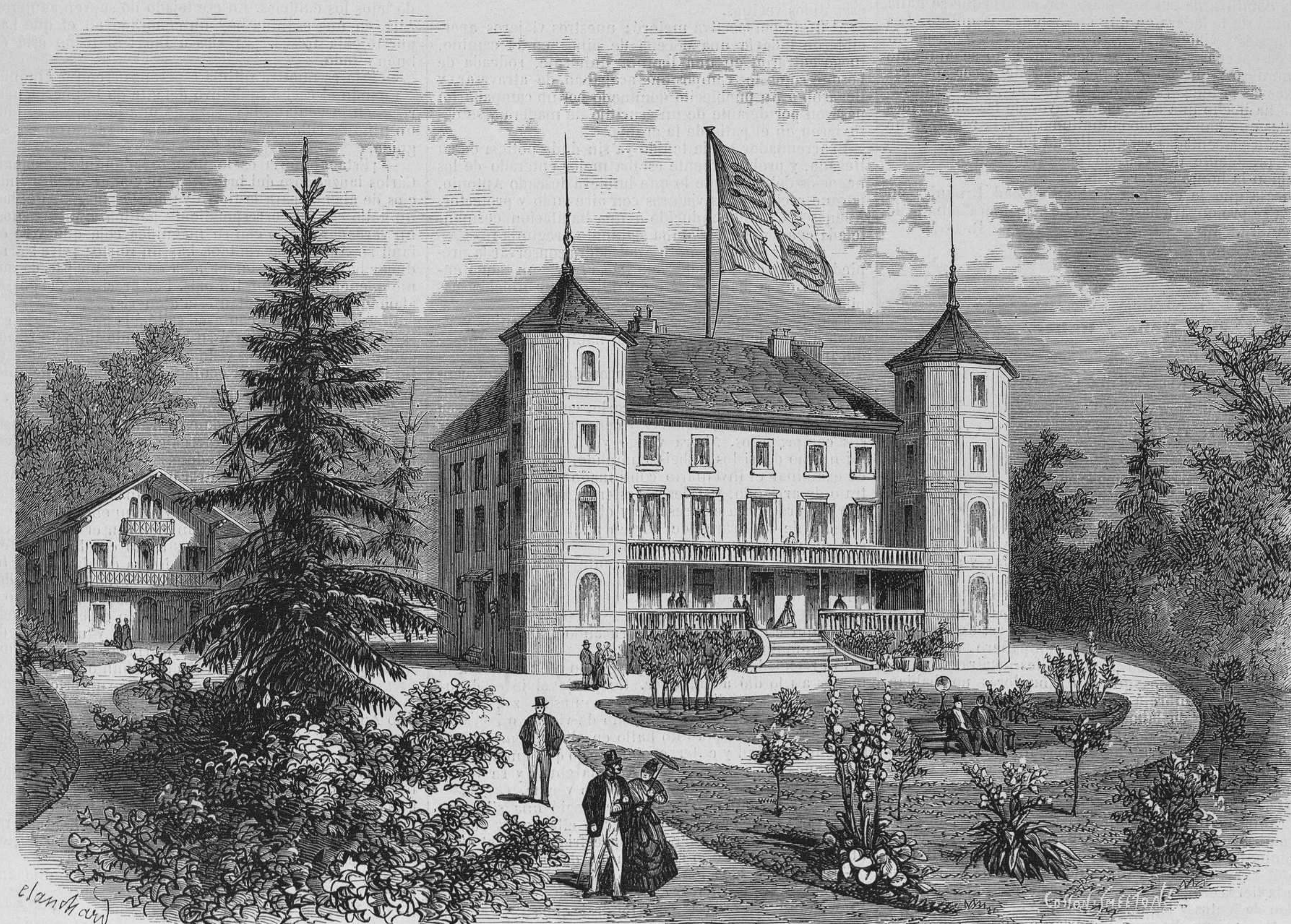
tamento, que por mis disposiciones testamentarias podía inferir perjuicio á alguien, declaro que jamás he conocido á ninguno de mis parientes, que he sido criado como expósito en el *workhouse* de Saint-Gilles, y que el nombre de Pomeroy me lo dió el bedel de la parro-

quia. He sabido que ese bedel había muerto. Soy hijo de un *workhouse* y logré abrir camino en el mundo; pero nunca he olvidado cómo he pasado mi infancia. Piénsese de mí lo que se quiera, nadie podrá decir que haya impuesto nunca mi sociedad á mis superiores. Después

de haber hecho una fortuna considerable me retiré de los negocios. Siempre me ha pesado haberlo hecho. Hubiera sentido menos mi soledad, si hubiera continuado trabajando.» Además del testamento se encontró una carta con



El palacio Wallis, residencia de la reina de Inglaterra en Lucerna (Suiza).



El palacio Wallis. — Vista tomada del jardín.

instrucciones para su ejecutor testamentario, escrita, al parecer, poco tiempo antes de morir el testador. Pedia en ella que se diera la sortija del solitario á la mujer de Jorge Baxter, su vecino.

« Nunca me ha visto, escribía M. Pomeroy, acaso no le agradaría, si me viese; pero creo que le agradecerá ese diamante. »

No se había hecho justicia á M. Pomeroy, y quizás tampoco á su cabeza calva ni á otras cabezas calvas. Era mas benévolo de lo que se suponía. Pero había dejado crecer en su corazón cierta corteza de reserva. Sus conocidos le juzgaban sumariamente diciendo de él que era *un original*; pero esta definición no era completa seguramente ni le hacía tampoco justicia.

El palacio Wallis

CERCA DE LUCERNA, RESIDENCIA ACTUAL DE S. M. LA REINA VICTORIA.

Ya hemos dado cuenta á los lectores del *Correo* del viaje que la reina de Inglaterra emprendió á través de la Francia para pasar á Suiza, y de los hechos ocurridos durante la corta estancia de Su Majestad Británica en Paris.

La reina Victoria salió de Paris el juéves 6 de agosto, y habiendo llegado á Lucerna al otro día por la mañana, marchó seguidamente, en carruaje, al palacio Wallis, que debe servirle de residencia mientras permanezca en Suiza.

Este palacio se encuentra admirablemente situado en una eminencia vecina á la ciudad y que la domina, á cuya derecha se descubre el Regi, á su izquierda el monte Pilato y al frente el San Gothard y la cadena de los Alpes que circuye á Milan.

Lucerna, aunque ciudad colocada entre montañas, tiene la apariencia de un puerto de mar, ilusión debida á la capacidad del lago á que da nombre y á la belleza de los muelles que adornan la ribera, completando la hermosura de su panorama lo accidentado y frondoso de las pintorescas montañas que la rodean.

Pocas poblaciones de Suiza ofrecen la variedad de edificios que Lucerna, pues dentro de sus feudales muros se levantan construcciones modernas al lado de numerosas iglesias del culto católico, que es la religion que domina en el canton, y de altares colocados á cada paso que se da por las calles.

La comitiva de la reina ocupa un caserío que se halla á mitad de la ladera en que está situada la quinta. Los residentes y viajeros ingleses no pasan en el día de un par de docenas y mucho se desea que no se aumente el número y que no haya necesidad de hacer mas estrictas las órdenes respecto á no recibir S. M. visitas.

Se ha hecho una excepcion á favor de las autoridades locales que han deseado complimentar á la reina, y que le serán presentadas así que llegue lord Stanley.

El presidente del consejo ejecutivo federal tendrá tambien la honra de ser recibido.

Dícese que la estancia de Su Majestad Británica en Suiza se prolongará hasta el fin de la primera semana de setiembre.

R. DE M.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

El espectáculo que se presentaba á la vista al salir del castillo para ir á los campos era aflitivo en extremo. Casi todas las tierras estaban abandonadas y sin cultivar, y si en algun sitio se advertía la huella del arado era porque los habitantes de la aldea, considerando el dominio privado de su señor como bienes comunes, lo habían cultivado por su propia cuenta; así es que miraban de reojo á Antonio y á su compañero, sin poder disimular el odio que su presencia les inspiraba.

Hacia muchos años que los labradores no habían prestado servidumbre á su señor, ni suministrado caballos de tiro y de labor, y el baile á quien Antonio había hecho llamar, declaró con altivez que el comun no sufriría la vuelta al antiguo régimen. Suponia no saber una palabra en aleman, y la elocuencia de Carlos no pudo arrancarle mas que algunos conceptos incoherentes. Pero por muy descuidados que estuviesen aquellos campos cubiertos de plantas parásitas, el suelo era sin embargo en algunos sitios mas feraz de lo que creía Antonio. El posadero ponderó el producto de las tierras que él había cultivado. Unicamente por el lado del bosque la tierra era pobre y poco á propósito para la plantacion de frutos y legumbres.

— Hé aquí un día muy importante, dijo Antonio metiendo la cartera en el bolsillo. Haz enganchar el britschka y vamos á ver las vacas.

La dependencia en que se albergaba el ganado se hallaba situada al Oeste como á media legua de distancia del castillo. Todo se componía de un miserable establo y de la habitacion del vaquero. El rebaño de carneros y dos yuntas de bueyes para la labranza habían sido entregados á un colono. Este cuidaba de todo con su mujer y un pastor imbécil. Estas gentes casi no entendían el aleman y no inspiraban ninguna confianza. La mujer iba mal vestida, descalza de pié y pierna, y las cacerolas donde se ponía la leche mostraban á la simple vista el mayor desaseo. El criado, y algunas veces el pastor, labraban con los bueyes donde bien les parecía, paciéndose el rebaño en los vastos campos que rodeaban la alquería.

— Aquí hay ocupacion para tí, dijo Antonio; examina el rebaño y los acopios de forraje para invierno. Yo tomaré nota de los edificios y de los instrumentos de labranza.

La relacion de Carlos fué la siguiente:

— Veinte y cuatro vacas lechales, la mitad mas de terneras y bueyes, y un toro viejo; una docena de vacas todo lo mas son buenas, las otras no valen la yerba que comen. Todo el ganado vacuno de mala raza. Trajeron aquí hace mucho tiempo algunas vacas extranjerías, probablemente suizas, y un toro demasiado grande para la raza de este pais, y esto es lo que ha producido esos raquíticos mestizos. Las mejores cabezas evidentemente han sido cambiadas, porque algunas miserables bestias recogidas á no dudar hace poco en este pais, se mezclan con el rebaño que las mira con desden y forman rancho aparte. En cuanto á forraje hay un poco de heno para el invierno y algunas jábegas de paja de avena. Por lo que toca á pajaza para la cuadra no hay ninguna.

— Los edificios se hallan en un estado deplorable, exclamó Antonio. Vamos, cochero, condúcenos á la fábrica. He examinado con detencion la escritura de arriendo y estoy perfectamente instruido de ese asunto.

El coche atravesó el riachuelo por un mal puente, rodó en seguida á través de los campos por una llanura arenosa donde no se veían mas que algunos euforbios; entre sus raíces había germinado un pino que extendía sus ramas por encima de la arena. A continuacion estaba la selva, en la que había á grandes intervalos zarzales y tilos entre los cuales se veía la tierra amarillenta y por todas partes las raíces frescas de árboles arrancados recientemente, rodeadas de líquen y de mazorcas de páramo. Los caballos no podían andar mas que al paso por la movediza arena; los dos compañeros guardaban profundo silencio, fijando sus impacientes miradas en algunos árboles que por una feliz casualidad habían conseguido mayor elevacion y lozanía que sus escuálidos vecinos.

Al fin la perspectiva mejoró; nuestros viajeros apercibieron todavia una docena de pinos en el camino, luego entraron en una llanura uniforme, rodeada de bosque como los campos que acababan de atravesar, y llegaron á un pueblecito dominado por un campanario; pasaron por delante de un crucifijo de madera y se detuvieron en el patio de la granja.

El arrendador había tenido ya sin duda noticia de su llegada, y probablemente estaba mejor enterado de los negocios del baron de lo que hubiera deseado Antonio, porque recibió á los viajeros con aire rudo y protector. Apenas los hubo conducido á una habitacion desmantelada cuando les dirigió la siguiente pregunta:

— ¿Creeis pues que Rothsattel podrá conservar la propiedad? Hay aquí mucho que hacer, y segun tengo entendido, no se halla en estado de invertir muchos capitales.

Este tono frio y arrogante ofendió á Antonio, pero contestó con la calma que dan el hábito y la costumbre del trato de las gentes:

— Si me preguntárais: ¿El baron de Rothsattel conservará este dominio? yo os contestaría que se encontrará tanto mas dispuesto á hacerlo, cuanto mayor sea la conciencia de sus colonos y censatarios en cumplir sus compromisos. Ahora vengo yo á cerciorarme por mí mismo de si los habeis cumplido. Estoy encargado de examinar el inventario continuado en vuestro contrato de arriendo, y si deseais estar en buenas relaciones con el baron para el presente y el porvenir, os doy el consejo de mostraros de hoy en adelante mas atento con sus representantes.

— Me es de todo punto indiferente estar bien ó mal con el baron, contestó el orgulloso arrendador. Pero puesto que decís sois su representante, veamos los poderes.

— Aquí están, dijo Antonio sacando tranquilamente el documento del bolsillo.

El arrendador examinó el papel con atencion, ó á lo menos así lo dió á entender. Luego devolvió el documento con aire indiferente y dijo con aspereza:

— Yo no sé si teneis el derecho de visitar mi granja en este momento, pero no hallo en ello ningun inconveniente. Entrad y enteraos de todo lo que queráis.

Despues de dicho esto, se puso la gorra y se volvió como para dirigirse á una habitacion vecina.

Carlos, no pudiendo contenerse, cogió una silla encolerizado y pegó fuertemente con ella en el suelo; pero Antonio, sin perder su sangre fria, cerró el paso al arrendador y le dijo con la calma de un magistrado:

— A vuestra eleccion lo dejo: ó me haceis ver vos mismo vuestra granja, ó bien haré formar el inventario judicialmente, y en este caso tendreis que sufragar gastos que considero inútiles. Vuestra presencia es necesaria para reconocer lo que consta en el inventario, y por lo mismo estais obligado á acompañarnos. Además, de-

bo deciros tambien que es interés de todo arrendatario estar en buen predicamento con el propietario, si desea la renovacion de su contrato, y ya sabeis que el vuestro termina dentro de dos años. No es para mí muy agradable verme obligado á pasar algunas horas en vuestra compañía, y si no me guardais las atenciones que son debidas, y no cumplis religiosamente las condiciones de vuestro contrato, el propietario de vuestra granja aprovechará el mas pequeño descuido de vuestra parte para romper judicialmente sus relaciones con vos. Ahora podeis elegir.

El arrendador enteramente desconcertado miró durante algunos momentos el resuelto ademán de Antonio, y dijo al fin:

— Si os empeñais en ello... yo no tenia ninguna mala intencion.

Llevó involuntariamente su mano á la gorra, y andando delante, entró en el patio.

Antonio tomó de nuevo un librito de memorias, y se procedió á la lectura del inventario:

Núm. 1. La habitacion, con el techo en mal estado.

Núm. 2. El establo para las vacas, con un paño de pared desplomado, etc.

Esta visita poco agradable, durante la cual no escaparon las discusiones, se prolongó largo rato. El aire magistral de Antonio y el traje militar de Carlos acabaron por imponer al cortijero, que adoptó un tono mas humilde y se disculpó varias veces.

Antonio, despues de haber hecho señal al cochero para que se acercase, dijo al arrendador:

— Os concedo un mes de plazo para hacer las reparaciones que os he indicado. Cuando este haya terminado, volveré á haceros una visita.

Carlos, colocado ya en el coche, gritó al consternado patán:

— ¿Seriais bastante atento para quitarnos en esta ocasion la gorra como yo lo hago? El momento no puede ser mas oportuno. Muy bien; veo que andando el tiempo llegaremos á entendernos. ¡Vamos, cochero, en marcha!... Este hombre se ha hecho rico en la granja á costa del prójimo, le dijo á Antonio, y cuando volvais, le encontrareis blando como un guante.

— Con su incuria ha dejado deteriorar la posesion hasta el extremo en que hoy se encuentra. Vamos ahora á la alquería nueva.

Era esta una pequeña habitacion que á un lado tenia un gran corral y al otro una cuadra y una troja.

— Hé ahí una cosa muy notable, dijo Carlos señalando de lejos los edificios. En ese tejado no se ven agujeros. Allí, en una esquina hay un cuadrado en el que han puesto paja fresca. ¡Gracias á Dios! El techo está en buen estado.

— Esta es nuestra última esperanza, repuso Antonio.

Cuando el coche se detuvo delante de la puerta, apareció en la ventana la cabeza de una jóven, y á su lado un niño de rubia cabellera: ambos se retiraron en seguida.

— ¡Esta alquería es la joya del dominio! exclamó Carlos lanzándose del britschka. Hay aquí visibles indicios de abonos para la tierra y un estercolero. Aquí hay un gallo con su correspondiente gallina. ¡Mil truenos! un verdadero gallo con su magnífica cola que vive en familia. Aquí en la ventana hay un mirto; ¡viva! A no dudar hay aquí una buena ama de casa, me parece que me encuentro en nuestro pais. Por precision deben ser alemanes los que habitan esta alquería.

Una jóven vestida con aseó salió á la puerta de la casa llevando de la mano á su hijo, lindo niño de rizada cabellera, el cual, á la vista de los extranjeros, se metió los dedos en la boca ocultándose detrás del delantal de su madre.

Antonio preguntó á la jóven dónde estaba su marido. — Desde el campo donde está trabajando habrá visto indudablemente vuestro carruaje, y no tardará en venir, dijo la jóven ruborizándose.

Invitó á los viajeros á entrar en su casa, y limpió presurosa con el delantal dos sillas de madera. La habitacion blanqueada estaba aseada, y los muebles de madera pintados de encarnado estaban bien conservados. La cafetera hervía en un hogar construido con ladrillos; en un rincon un reloj de la Selva Negra dejaba oír su *tic tac*, y en un armario adosado á la pared, se veían dos figuras de porcelana pintadas, algunas tazas, y á uno y otro lado algunos libros. Detrás de un espejito colgado en la pared había un espanta-moscas y una vara de abedul adornada con un lazo encarnado. En toda la extension que habían recorrido del dominio, este era el primer lugar en que se encontraban á su gusto.

— Un libro de oraciones y una imágen de la Virgen, dijo Antonio con afabilidad; esto me hace comprender que sois una buena mujer. Ven acá á mi lado, rubito.

Atrajo á sí al aturdido hombrecillo, le puso sobre sus rodillas y le hizo marchar al paso, al trote y al galope, hasta que el bribonzuelo se resolvió á quitar las manos de la boca.

— No es nuevo para él ese ejercicio, dijo la jóven radiante de contento, porque su padre hace lo mismo cuando está satisfecho de su comportamiento.

— Habreis pasado aquí muy malos tiempos, dijo Antonio.

(Se continuará.)



PERIODICO DE LAS NOVEDADES ELEGANTES, DESTINADO A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

FIGURINES DE MODAS ILUMINADOS. — PATRONES. — CRONICAS DE LA MODA. — MODELOS DE TRAJES. — LABORES A LA AGUJA, TAPICERIAS, CROCHETS, BORDADOS, TOCADOS, ETC.

Crónica de la moda.

SUMARIO. — La moda continúa ausente de Paris. — Un torneo de belleza y elegancia. — Minuciosa descripción del traje y los adornos de una de las señoras que tomarán parte en el torneo. — Las novedades del día. — Originalidad y variedad nunca vistas. — Enumeración de distintos trajes de señoras y señoritas. — El color de albaricoque. — Observación sobre el aspecto general de las modas. — Trajes de interior: una bata de nansú hecha para Baden. — Peinadores de percal y de muselina. — Lastelas rayadas. — Los cuerpos blancos. — Un adorno de cuerpo mandado hacer por una princesa rusa. — Los sombreros y las cofias.

La moda continúa ausente de Paris, aunque no por esto se puede decir que su centro está en tal ó cual parte, pues lo mismo en Dieppe ó en Trouville, lo mismo en Baden que en Homburgo, en Alemania que en los Pirineos, hay asalto de lujo y de elegancia, de hermosura y de riqueza. Afortunadamente las modistas de Paris son las que suministran las armas del torneo, y por esto en ninguna parte como en Paris se puede escribir con acierto sobre modas.

Un periódico del mundo elegante, el *Sport*, habló hace pocos días de una especie de desafío de belleza y de elegancia que debía tener lugar próximamente en el extranjero. Aun no se ha verificado el lance, pero ya

están en camino los prendidos destinados á las señoras rivales, y hechos en Paris, los cuales son otros tantos modelos. Hé aquí la descripción de uno de ellos, minuciosamente fotografiado.

La señora á quien corresponde este traje, decidió vestirse con suma sencillez. Primeramente, nada de miri-

menos estará de acuerdo con la simetría de formas de la señora; el cuerpo será escotado, pero sin exageración, y á título de refinamiento, los hombros estarán cubiertos con un tul blanco casi invisible, cuyo efecto contribuirá á hacer resaltar mas aun la blancura del cutis.

Los brazos no quedarán completamente desnudos, á fin de evitar toda asimilación con los trajes de las bailarinas de teatro y de asociar en lo posible la gracia con la castidad; una manga abierta, hecha con un tul azul claro y un tul esmeralda, formará como una nube de ópalo á cuyo través se verán los brazos, y esta manga, abierta por delante, quedará sostenida sobre el hombro con un lazo de raso verde ó un broche de perlas.

Los matices verdes y azules de la seda y del tul combinados con los reflejos de una cabellera rubia, producirán un buen efecto.

Pero la idea capital de esta vestidura es la siguiente:

La falda será bastante corta por delante para dejar libres los piés y facilitar el baile; y luego sobre esta falda tan ligera habrá un largo manto de corte también de tafetan azul y tul verde, todo guarnecido de un ancho plegado de tafetan verde, manto cortado de modo, que dando mucha majestad á la señora

no la será embarazoso para el baile, pues podrá abrocharse á voluntad sobre los lados.

El aderezo consistirá en pendientes de perlas y collar de perlas y esmeraldas; el brazaete será facultativo.

El cabello estará levantado naturalmente sobre las sienes, y vendrá á caer por los lados en un largo rizo.



Nº 1. Trajes de niños.

ñaque, y aun el papel de las enaguas será muy comedido: el prestigio de su vestidura y adornos estará en la combinación de los colores y en la pureza de las líneas.

La falda de tafetan azul claro estará cubierta con un doble tul verde esmeralda. El talle será largo, ó cuando



Nº 2. Traje de visita.

Nada de rodetes, ni ningun apéndice postizo. Los cabellos rizados y formando un grueso lazo, compondrán el tocado de detrás de la cabeza. Una cinta sencilla sostenirá el peinado, y sobre el lado izquierdo habrá una especie de mariposa de tul azul y tul verde.

Este traje ha salido ya de Paris y viaja bajo la vigilancia de un hombre de mundo, como en el siglo pasado antes de la revolucion, viajaba la famosa muñeca modelo que Paris enviaba á San Petersburgo, custodiada por un chambelan de la corte de Rusia ó por un gentilhombre de la corte de Versalles.

Este modelo, único en su género, dará á nuestras amables lectoras una idea de lo que son en la actualidad las modas parisienses. Nada se generaliza absolutamente hablando; se admiten, por el contrario, todos los caprichos, todas las oposiciones, con tal de que en su confeccion haya buen gusto, gracia y elegancia.

Vamos á citar algunos ejemplos de vestidos á cual mas originales, y que hemos visto en distintos obradores de modista.

Primeramente un traje con dos faldas de muselina de seda blanca y tafetan malva glaseado.

La falda de debajo es de tafetan; y lleva tres rizados guarnecidos de puntilla negra.

La de encima es de muselina de seda blanca, y forma delantal que acaba á la cabeza de los volantes de la enagua y se recoge á cada lado para formar por detrás un enorme lazo.

Una alta guipure negra coronada con un plegado menudo de cinta malva, sigue el contorno del delantal y del lazo. No hay cuerpo, sino unos anchos tirantes de guipure negra fruncidos, sostenidos por un plegado de cinta malva, lo que produce un lindisimo efecto sobre un cuerpo de muselina clara.

Otro traje corto es de tafetan azul con doble falda de matiz graduados. La enagua es lisa y ligeramente ondulada sobre el borde. La falda de encima, cortada á grandes ondas, tiene una pasamanería menuda de seda azul con borlitas del mismo tono, y esta falda se recoge á cada lado formando pliegues bajo una porcion de rosetas de grueso progresivo, con racimos de aceitunitas de seda azul que caen del centro de las rosetas.

Acompaña á este vestido una esclavina Maria Antonieta de tafetan

azul con ciertas modificaciones al modelo conocido: está muy abierta por la espalda, y enteramente orlada con una alta guipure blanca adornada con pasamanería. Un cuerpo interior de tul inglés lleva mangas abullonadas por arriba hasta el codo, y los bullones de las mangas están separados por la misma pasamanería de seda azul.

Un precioso traje enviado á los Pirineos es de muselina de seda gris con adorno de tafetan verde.

La falda tiene por adorno muchos sesgos menudos guarnecidos con puntilla negra.

La segunda falda es cortisima y muy hueca, sobre todo por los lados. El borde de esta falda está adornado con una franja de felpilla.

Completa el traje una esclavina del mismo estilo, cuyos cabos pasan por el cinturon. Un cuerpo blanco de tul inglés lleva por adorno lazos menudos de cinta verde.

Un color muy á la moda es el de albaricoque. Hé aquí la descripcion de un traje de este color hecho para una condesa que se encuentra en Baden.

La falda está adornada con un alto volante de cabeza rizada, y la segunda falda forma una especie de casaca flotante muy corta que va de una sola pieza con un cuerpo bajo.

El adorno está hecho con un encaje antiguo: dos puntas se unen á una roseta de cinta albaricoque desde los hombros, y una espaciosa banda de este mismo encaje va sujeta á lo alto del cuerpo para flotar libremente hasta el nacimiento del volante. No lleva mangas.

Entre los vestidos de niñas señalaremos estos dos modelos:

El primero es de tafetan gris, y la enagua está adornada con tres bandas de cinta plegada azul trasparente. La falda de encima no llega mas que al nacimiento de las bandas, y está guarnecida con una especie de delantal confeccionado con plegados de cinta azul, colocados á lo largo, y rodeados de guipure negra.

El fichu Maria Antonieta tiene un adorno del mismo estilo, y sus largos cabos se anudan por detrás. No hay para qué advertir que en estos trajes de niñas los tonillos y demás imitaciones de esta clase están de sobra.

El segundo modelo, para una niña de doce años, es de tela cruda.

La primera falda está adornada con un plegado menudo, y la segunda, mucho mas corta, y guarnecida con el mismo plegado, va recogida por detrás. Finalmente, completan el traje un cuerpo cuadrado, una ca-



Nº 3. Traje de paseo.

miseta blanca y un fichu que vuelve por detrás, con plegado en su contorno.

Hé ahí una muestra de las modas del dia. Los trajes actuales son tan originales y chillosos, que cuando se ven reunidos, parece que se asiste á una fiesta de máscaras.

Las niñas, con sus vestidos recogidos á la Camargo, recuerdan la galante vestidura de las ramilleteras del tiempo de Luis XV; y en cuanto á las señoras, al verlas pasar con sus cabelleras rizadas y voluminosas, adornadas con un sombrero que desaparece entre los postizos y las flores, sus vestidos Watteau, escotados, de mangas justas y completados con un fichu de tul ó de muselina, se puede formar idea de lo que era el pequeño Trianon en los tiempos de la reina Maria Antonieta. Así se vestia entonces, y al cabo de tantos años, así se viste ahora.

Para trajes de interior, no hay menos variedad ni menos lujo. Una bata de nansú enviada á Baden estos últimos dias, merece especial mencion en nuestra crónica.

El bajo de la falda estaba adornado con tres volantes al sesgo orlados de encaje, y cada volante estaba coronado con un hermoso entredos.

Un delantal confeccionado del mismo modo comienza en la cintura y va ensanchándose hasta los lados, quedando á la cabeza de los volantes. En cada extremo, sobre los volantes, un lazo de cinta de raso.

Esta bata tiene una pequeña esclavina de un nuevo modelo, que forma muchas puntas redondeadas, y toda guarnecida de encaje. Las mangas quedan abiertas hasta la sangría, donde se detiene el encaje bajo una bonita roseta. Por último, el cinturon está velado con un entredos de encaje.

Lo mas corriente en estos vestidos de interior son los peinadores de muselina ó de percal forma Luis XV, con gruesos pliegues Watteau; estos constituyen el traje mas agradable y gracioso, tanto que las señoras se acostumbran fácilmente, y no pueden prescindir de ellos.

Tambien se hacen para el mismo uso largas polacas que rematan en un alto volante fruncido, y que sujetas al talle por un ancho cinturon de cinta, forman lindisimos vestidos.

Una esclavina redonda ó cuadrada completa todavía mejor este gracioso conjunto que sirve para hacer visi-



Nº 4. Traje de campo.



Nº 5. Traje de playa.

cinta azul y ramitos de capullos de rosas silvestres. El velo es de gasa azul.

Otros sombreros redondos que caen sobre los ojos, se hacen de paja de Italia rodeados de una banda de color de *posos de vino* y de un grupo de gruesas ciruelas puesto sobre el lado con follaje enlazado en torno de la banda. El interior del sombrero está adornado con un pensamiento que viene á caer sobre la sien.

Las cofias para casa no son menos elegantes.

Se hacen muchas de muselina bordada con ala formada por un ancho entredos segun la moda bretona. El casco fruncido se levanta hácia el rodete. Unos cabos de cinta fijos en los lados del ala, forman un lazo bajo el pelo. El borde del ala prolongada está guarnecido de encaje.

Otras cofias se hacen completamente de valencienes.

Su forma es la de un redondel rodeado de un plegado de cinta azul sembrado de florecillas blancas cuyo corazon es oscuro. Una serie de las mismas flores cae por detrás de la cofia, y por delante hay grandes cintas de atar de color azul.

JULIA.

Descripcion del figurin iluminado que acompaña á este número.

Primer traje. — Vestido escotado de tafetan color de rosa y muselina blanca. La primera falda, de media cola, está adornada con un volante plegado colocado á algunos centímetros del borde. La segunda falda sobre la cual cae el cuerpo-casaca Watteau de muselina, lleva por adorno un encaje y guarnecida de bandas. El cuerpo, escotado, va de una pieza con la falda; su forma es cuadrada y tiene unas angostas hombreras formadas con el entredos puesto sobre las costuras de la casaca. Las bandas de entredos se encuentran sobre un viso de color de rosa. La casaca, guarnecida de encaje, tiene hermosos lazos. Tocado de flores y guante de cabritilla.

Segundo traje. — Vestido de tafetan color de paja. Cuerpo escotado, forma imperio, y por adorno un volante de muselina recortado, con doble cabeza. Cintu-



Nº 6. Traje de playa.

ron por el mismo estilo, con lazo por delante y largas puntas por detrás. Completa el adorno la guarnicion del escote del cuerpo y de los hombros.

Tocado de flores del mismo color y guante de cabritilla.

tas, y hasta para comidas cuando se están en el campo. En las playas marítimas de Francia se llevan mucho estos vestidos, que se hacen mas particularmente de muselina blanca ó de percal de color.

Las telas rayadas han tenido tanta boga este año, que va á ser preciso abandonarlas absolutamente; ya las señoras mas elegantes no quieren ni oír hablar de ellas, hasta tal punto han caido en el dominio público.

Nunca se habrán llevado tantos cuerpos blancos como en la actual temporada. Estos cuerpos sirven para los vestidos escotados de forma cuadrada que se hallan tan á la moda. A propósito de los adornos de los cuerpos en boga, una princesa rusa acaba de mandar hacer un ramillete que las crónicas de la moda señalan como una cosa nunca vista: es una rama de higuera cuyas hojas son de esmalte verde y las frutas de perlas finas hermosísimas, y en la cual se enrosca una serpiente de brillantes que tiene en la boca un brillante trémulo.

Dícese que es una joya alegórica que recuerda una escena de la vida de esta princesa. De todos modos, esta alhaja es una de las mas bellas que se han visto en Paris; las perlas son irregulares, y han sido elegidas de manera que figuran exactamente la forma de los higos que representan.

El complemento de los trajes elegantes hechos en Paris para las playas marítimas y los establecimientos termales, es el sombrero. Hemos tenido ocasion de observar distintos envíos para Francia y el extranjero, y nos ha sido fácil recoger las notas siguientes sobre los modelos mas nuevos y graciosos.

Un sombrero-fanchonette es de blonda blanca, y está adornado con un fronton de capullos de rosas y una pluma derecha. Las cintas de atar son de tafetan rosa.

Una fanchonette de tul azul cristalizado, y adornada al lado con plumas blancas y una rosa de cien hojas. Unas bandas de blonda azul bordada caen por detrás bajo dos cocas de encaje blanco. Las cintas de atar son de tafetan azul.

Otros sombreros son de tul negro, y están guarnecidos de ramitas de jazmin de España. Un lazo de cinta sostiene por detrás un bonito velo de blonda negra bordada.

Un sombrero redondo de paja blanca adornado con un cordon de



Nº 7. Traje de calle.

Trajes, tocados, labores y demás cuyos dibujos se intercalan en el texto.

Nº 1. Trajes de niños.

El primero de nuestros grabados de la seccion de modas de este número representa una coleccion de trajecitos de niños.

La niña que salta con la cuerda lleva una primera falda de muselina blanca. El vestido, con cuerpo edad media, es de fular rayado blanco y azul, y guarnecido de ruches marquesa. Cuello blanco de muselina y mangas largas con bocamangas con bolones en el hombro.

La niña de ocho ó diez años que la sigue, tiene un vestido blanco de muselina, sembrado de ramilletes de cerezas. Cuerpo-casaca de muselina lisa cruzada sobre el pecho, y guarnecido de ruches marquesa con vueltas á cada lado. Sombrero de paja inglesa adornado con un ramito de cerezas.

A su lado hay un niño de ocho á diez años, vestido de piqué blanco, con el chaleco sujeto al talle y una chaqueta larga. La chaqueta y el chaleco están adornados con galones y botones negros.

Finalmente, la niña de cuatro años que cierra la marcha lleva un vestido blanco de fular con dos faldas, la segunda recogida por detrás, por medio de una ruche de tafetan que remata en lazos de cinta. Cuerpo escotado de forma cuadrada y corona Watteau como adorno de cabeza.

Estos trajecitos se destinan á los bailes de niños que se dan al menos una vez por semana en los casinos de los baños de mar. Sabido es que las madres quieren rivalizar tambien en la elegancia de sus niños.

Nº 2. Traje de visita.

La figura Nº 2 lleva un traje hecho en Paris para una señora rusa que se halla en Baden.

Es un vestido blanco de gasa de Chambéry. La primera falda está adornada por abajo con un volante de gasa verde Metternich, coronado con un sesgo de raso.

Segunda falda, también de gasa blanca, con el mismo volante que la primera y dos lazos de largas puntas uno á cada lado.

Cuerpo-casaca y mangas abullonadas.

Sombrero de paja de arroz adornado de gasa verde, con lazo de raso puesto por detrás.

Nº 3. Traje de paseo.

La figura Nº 3 lleva un traje de paseo para el campo. El vestido es de mohair crudo: la primera falda está adornada por abajo con un volante coronado con una ruche, y la segunda está recogida á un lado por un lazo de cinta y al otro por una banda de tafetan color de castaña.

Fichu de muselina guarnecido de entredos. Sombrero grande de forma de paja fina con pluma La Vallière al lado y gran velo de tul.

Nº 4. Traje de campo.

El dibujo Nº 4 representa un traje para visitas en el campo.

Toda la novedad de este traje está en la forma de esa especie de casaca con vueltas y cuello. La casaca cruza por delante y se une por detrás mediante un lazo. A los lados va recogida á la moda de Luis XVI.

El vestido se divide en dos partes, siendo la de detrás mucho mas larga. Bolsillos á los lados. La casaca puede hacerse ya de tela como la del vestido, ya de color diferente.

Sombrero Watteau con alas levantadas por ambos lados y sostenidas por un lazo de cinta angosta ó de terciopelo negro. Diadema de flores de un color en armonía con el del vestido.

Nº 5. Traje de playa.

La figura Nº 5 lleva un traje de playa de los mas sencillos. El de nuestro modelo es de fular, pero puede hacerse igualmente de percal ó de muselina.

La primera falda de anchas rayas blancas y castaño claro, se completa con una camiseta rusa rayada del mismo modo. La segunda falda, escotada en forma cuadrada, presenta rayas del mismo tono, pero mas angostas, y está recogida por detrás á la moda del día. Mangas perdidas, al estilo de la edad media. Sombrerito de paja color de castaña, adornado con terciopelo del mismo color.

Nº 6. Traje de playa.

Otro traje de playa mas lujoso representa nuestra figura Nº 6.

El vestido es blanco, de muselina, con larga cola, y está adornado por abajo con un volante á gruesos pliegues.

Paletó sin mangas, forma peplum, de tafetan, adornado con un sesgo de raso. Por detrás un doble peplum se divide en la cintura y cae hasta media falda; su adorno consiste en lazos de cinta de raso.

Diadema de flores silvestres puesta sobre un tul flotante.



Nºs 8, 9 y 10. Gorro griego.

Materiales: Paño llamado cachemira, dibujado, sedas é hilillo de oro.

Se hace el dibujo que damos sobre una banda de 60 centímetros de larga, y el paño dibujado y forrado de tela de algodón se tiende sobre un telar. El bordado indio se hace con seda de colores vivos y variados, á punto ruso.

El primer borde ondulado se compone de festones menudos hechos cada uno de ellos con dos puntos grises, reunidos con puntitos alternados grises y blancos; un punto largo, blanco, en cada feston.

En medio de las dos líneas de festones, hay una línea formada de puntitos ovalados que tienen cada uno dos puntos encarnados y un punto de hilillo de oro entre los dos.

La greca tiene dos contornos encarnados y uno de hilillo de oro entre los dos.

Las rosetas redondas tienen doce radios, compuestos cada uno de un doble contorno blanco con nervaduras de hilo de oro; un círculo interior de festoncitos encarnados y puntos en medio de hilillo de oro. La estrella del centro encarnada.

El medallón ovalado tiene un contorno liso de hilillo de oro, con puntos negros y puntos méjico color de avellana por dentro. Exteriormente hay festones formados de un contorno color avellana y dos contornos interiores amarillos. Entre cada onda de feston grupos de tres puntos; dos puntos blancos y un punto de hilillo de oro entre los dos.

La flor del centro del medallón tiene seis pétalos formados cada uno de tres contornos, uno blanco y uno verde. Estrella de hilillo de oro en el centro.

El lazo que corona el medallón tiene los contornos de hilillo de oro, con puntitos negros y punto méjico blanco.

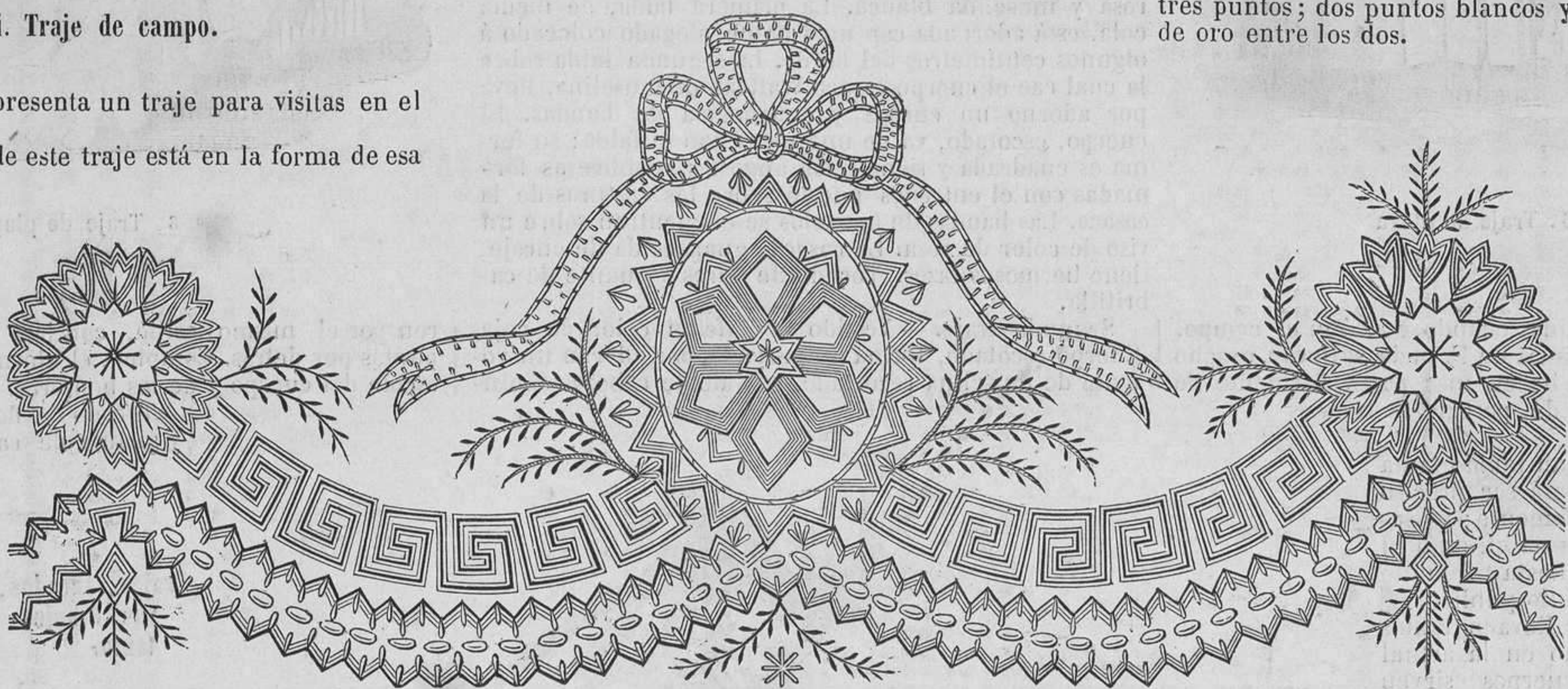
Los follajes tienen los tallos de color avellana y los rasguitos verdes; los rombos encarnado y oro.

Entre los ramajes hay estrellitas de oro. Una vez hecho el gorro y forrado de seda, con una banda de tafete, se le añade una hermosa borla de pasamanería.

Nº 7. Traje de calle.

La figura Nº 7 lleva una de las formas de vestidos que mas se usan en el día: la forma de embudo.

Este traje es de tafetan glaseado azul celeste y rosa claro, con volante fruncido, coronado con una ruche marquesa; tontillo hueco de la misma teia, orlado tam-



bien con una ruche marquesa. Fichu María Antonieta, de tafetan negro, adornado con un volante de encaje angosto, con largas puntas por detrás que guarnecen la cintura.

Sombrero de paja de arroz, adornado de blonda y con flores al lado. Guantes de Sajonia. Cuello y mangas de batista.

ro y forrado de seda, con una banda de tafete, se le añade una hermosa borla de pasamanería.

Nº 11. Dibujo al crochet para fundas de sillas y de sillones.

Nº 12. Modelos de cuerpos y tocados.

Nº 1 Sombrero de paja florentina, de forma plana. El ala está ondulada por delante; la parte de debajo está adornada con un sesgo de cinta con lazo en el lado izquierdo, y la de encima con una flor con follaje y un lazo de cinta de cabos flotantes, de donde salen dos anchas cintas que se atan en el cuello.

Nº 2. Cuerpo con solapas de muselina plegada. El adorno se compone de anchas bandas de entredos guarnecidas con una ruche menuda de muselina. Mangas medio-ajustadas y de codo, con adorno del mismo estilo en los hombros y en las bocamangas.

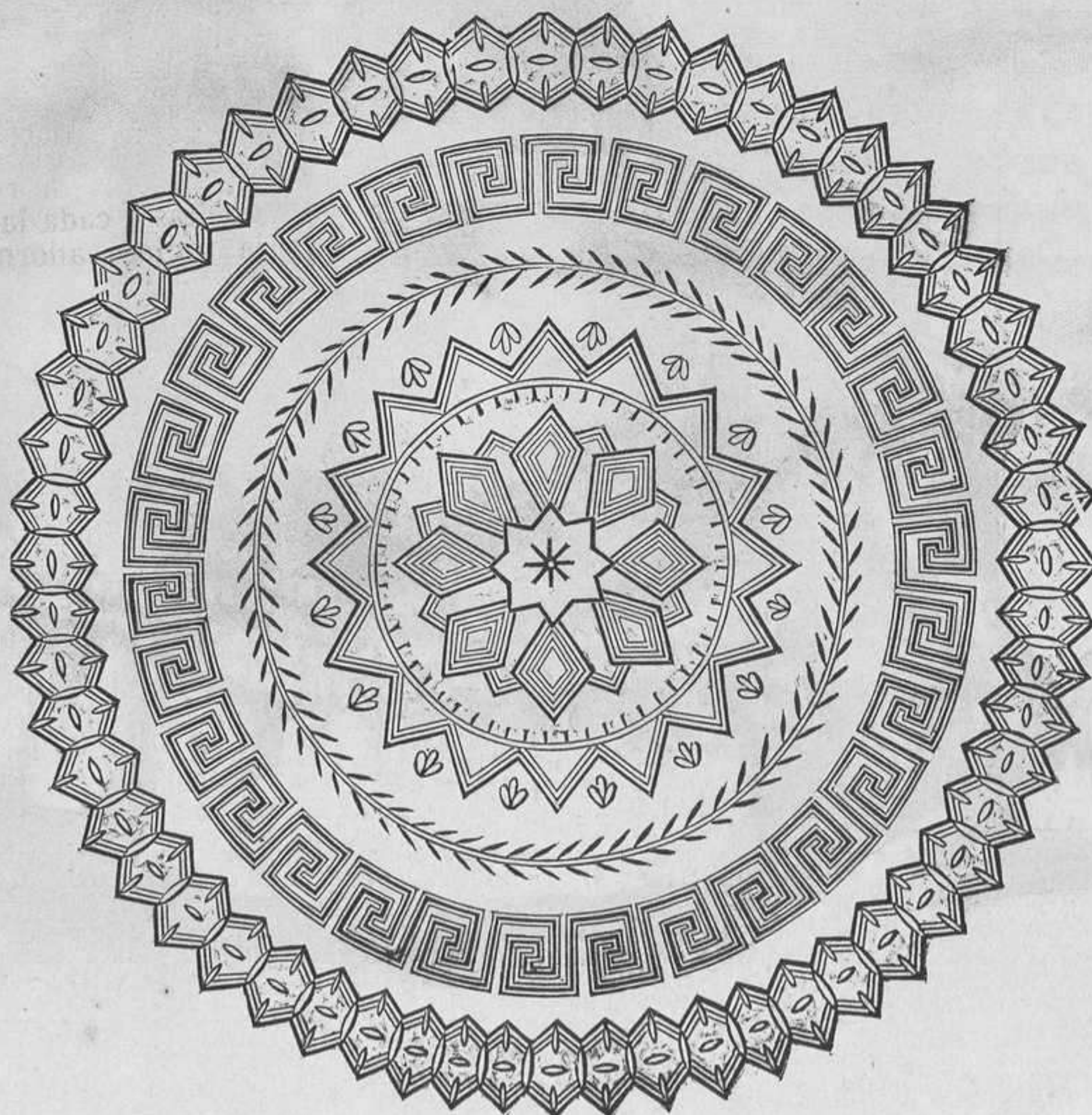
Nº 3. Cuerpo de un nuevo modelo, hecho de muselina lisa, y adornado con bandas de entredos guarnecidas de ondas menudas de muselina. Mangas de codo adornadas en la bocamanga.

Nº 4. Tocado para casa, que consiste en una guirnalda de cocas de cinta de tafetan. El cabello está dividido por delante en pequeños bandós por un lado y rizados por el otro.

Nº 5. Cuello blanco formando cinco grandes puntas bordadas, guarnecidas de entredos.

Nº 6. Cuello redondo de muselina bordada, recortado á ondas menudas y propias para el cuerpo Nº 3.

Nº 7. Veneciana de cachemira blanco, enteramente adornada con una ruche



Nºs 8, 9 y 10. Gorro griego.

marquesa de color vivo. Las puntas largas y puntiaguadas se echan hácia atrás.

N. 8. Fichu María Antonieta, de muselina plegada al través, adornado con un entredos bordado y dos volantes derechos plegados. Puntas anudadas por detrás.

Nº 9. Capelina vista por detrás, de igual estilo que la del Nº 7; únicamente difiere en los adornos que son de terciopelo negro y galon de oro.

Variedades.

El señor Gaztambide ha firmado la escritura de arriendo del teatro de la Habana, para donde saldrá con una compañía de zarzuela el mes de noviembre próximo.

Después de recorrer las principales ciudades de las Antillas, pasará probablemente á recorrer las de los Estados Unidos, para las cuales se le han hecho proposiciones.

Si el estado interior de Méjico se lo permite, es posible que visite también la capital de aquella república, así como las de las repúblicas del río de la Plata, del Perú y Chile, y la del imperio del Brasil.

Entre los antiguos romanos se tenía por cosa poco honrosa el que una viuda pasara á segundas nupcias. La primera que contrajo estos lazos fué Gorgofona, hija de Perseo, cuyo segundo casamiento fué materia de escándalo por ser el primer ejemplar de esta clase. La historia antigua habla de una viuda llamada Annia, que habiendo sido pedida en matrimonio por un pariente suyo, se negó diciendo:

— Si es tan bueno como el que perdí, viviré siempre con grande temor de perderlo también, y si fuese peor, sería trabajo insoportable tenerlo que sufrir.

Marcela respondió á la misma demanda:

— Que mas quería ser muerta.

Y Valeria al mismo propósito dijo:

— Que teniendo aun en su corazón á su marido Servio, no habia lugar en él para otro.

Se lee en un periódico francés:

« Un amigo nuestro nos ha llevado á casa de un monomaniaco que habita en una granja cerca de Reims.

Este monomaniaco, M. de R., á quien los mas célebres médicos no han podido curar, tiene la manía mas rara que darse puede.

Fué en sus tiempos un *dilettante* de los mas furibundos, pero que ha parado muy mal, como ahora se verá.

Su ocupación única, en la actualidad, consiste en probar la fuerza de la enseñanza musical sobre los bueyes, vacas, carneros, puercos y demás animales domésticos.

M. de R. pasa los dias enteros en escuchar el bajo profundo de un toro, el *soprano* de un corderillo, el fasete de un pollo, el baritono de un ternero, el tenor de un carnero ó el contralto de un buey, para ir al punto

á meditar sobre la posibilidad de organizar un concierto vocal ejecutado por los cuadrúpedos y los volátiles de la granja.

Como la manía no tiene nada de peligrosa, su familia, después de haber hecho todo lo posible para curarle, le deja ya tranquilo en su extraño entretenimiento. »

Estando en el Escorial Felipe II, salió á cazar, y empeñado en perseguir un jabalí, se encontró separado de sus monteros y criados y solo en compañía de don Diego de Córdoba. Sobrevino la noche, tormentosa, oscura y con lluvia, saliendo de la maleza con no poco trabajo. Errado el camino, se acogieron al primer pueblo que encontraron y pareció á don Diego que la mejor posada para S. M. seria la del cura. Adelantóse, y entrando en el portal, halló al clérigo y le dijo:

— El rey viene á ser vuestro huésped.
A lo que añadió Felipe II que á la sazón llegaba:



Nº 11. Dibujo al crochet para fundas de sillas y de sillones.

— No os quiero dar, buen cura, otro cuidado, sino que me hagan luego la cama, pues traigo mucho frio, y asen una perdiz, única cosa que he de cenar.

El sacerdote era despejado y dispuso con brevedad lo que se le mandó. Conociólo el rey y dijole por divertirse:

— *Adivíname tres cosas que tengo en el pensamiento.*

— Señor, contestóle el cura, los arcanos de un soberano no los puede registrar la pequeñez.

— Decid, sin embargo, lo que penseis.

— Lo primero que creo piensa V. M., es el cuidado en que estará la reina; y debe no tenerlo, porque los criados míos han avisado ya de que estais bueno aunque con mal hospedaje.

— Adelante.

— Lo segundo, si la perdiz que traerán vendrá tierna; y tierna vendrá.

— Adelante.

— Lo tercero, es mas difícil de adivinar; pero creo que habiendo honrado mi casa con su presencia, piensa no dejarme como me encontró, dándome el obispado que hay vacante.

— Basta, señor obispo de Tuy. Sois un grande astrólogo.

El himno compuesto por Rossini para la Exposición universal ha sido ejecutado el 15 de agosto en la función gratuita de la Opera, y le cantaron los artistas Caron, Castelmarty, Ponsard y Gaspard, acompañados por los coros, la orquesta, la música de la guardia de Paris y las campanas, en lugar del cañon. Parece ser que el himno produjo un gran efecto entre el atento público que llenaba la sala.

Adelina Patti (así parece que seguirá llamándose en los carteles la nueva marquesa de Caux) cantará en Paris, segun dice la *Gaceta musical*, del 1º de octubre al fin de diciembre, y luego del 15 de marzo hasta fines de abril, debiendo pasar ese intervalo en San Petersburgo; Frascchini, que inaugurará con ella la temporada en la *Lucia*, estará el mismo tiempo, y Tamberlick no cantará mas de tres meses.

Los tribunales de Francia acababan de sentenciar á muerte á un individuo de treinta y dos años de edad, llamado Gounet, por asesinato. Su víctima fué la señora de Humbert-Ferrand, que residia en una quinta con su esposo, persona muy conocida en los círculos literarios de Francia, y autor del libretto de la ópera de Berlioz titulada *los Troyanos*.

El señor Ferrand y su esposa, que carecian de hijos, adoptaron al sentenciado á la edad dos años, encontrándose en un asilo de beneficencia. La madre habia sido abandonada por su padre, con una numerosa familia. El niño acogido manifestó pronto los instintos mas perversos, siendo expulsado de diferentes escuelas donde habia entrado para recibir educación. A la edad de diez y ocho años sentó plaza y sirvió en Crimea. En 1836 fué condenado á un año de prision por robo, y en 1860 sentenciado á diez años de presidio por lo mismo.

A pesar de tan mala conducta, no se debilitó el profundo afecto que le profesaba la señora de Ferrand. Durante su prision le procuró todas las comodidades posibles, y por su influencia y grandes relaciones consiguió su libertad tres años antes de cumplir su condena. Ella habia hecho un testamento instituyéndole heredero de sus bienes personales, y deseosa de arrancarle á la sociedad y á sus disipaciones, lo llevó á vivir con ella á su preciosa quinta de Conzieu. Allí rehusó dedicarse á toda ocupacion; sus desórdenes no tenían limite y cada vez que sus bienhechores le rehusaban el dinero que queria para sus vicios, les amenazaba.

En mayo último quiso hacer un viaje á Ginebra, para donde partió en efecto; pero habiendo jugado el dinero que recibió al marchar, volvió á la quinta, se introdujo en ella por la noche escalando el muro, corrió á la habitación de la señora Ferrand, la asesinó estrangulándola inhumanamente, y apoderándose de todas las alhajas y objetos de valor que pudo hallar, se volvió á

Ginebra, donde fué preso cuando se disponía á vender algunos de los objetos robados.

Sometido á los tribunales, no negó su crimen; por el contrario, se declaró culpable y rehusó aceptar ningun abogado que le defendiese, diciendo que deseaba ir cuanto antes al patíbulo. Así fué, en efecto, en virtud de sentencia del tribunal, habiéndose ejecutado el día 28 de julio último.

**

Con el título de los *Dioses se van*, el aplaudido escritor dramático don Luis de Eguilaz, ha consagrado á don Julian Romea, el artista español, estas sentidas líneas:

Los grandes hombres, valiéndonos de una enérgica comparacion de nuestra sublime literatura popular, son como la sombra; cuanto mas apartados, toman mayor cuerpo; vistos de cerca, las pasiones del momento ó la familiaridad con que los tratamos los hacen de ordinario aparecer á nuestros ojos, reducidos á las exiguas proporciones del resto de la humanidad. Por eso los que hemos tenido la dicha de vivir en medio de esa entusiasta generacion que apareció en la escena pública del 30 al 40, no podemos medir bien la altura de esos hombres que la proximidad nos ha hecho creer de nuestra talla, porque á iguales debilidades y flaquezas que nosotros vivian sujetos, y que la historia, despojándolos de su humana vestidura, presentará á nuestros hijos con toda la grandeza de una raza de gigantes. La espléndida imaginacion española, germinando al calor de la santa idea liberal, brotó por donde quiera genios, que, ya esgrimiendo la espada, ya lanzando torrentes de elocuencia desde la tribuna, ya despertando al pueblo adormecido con atrevidas concepciones artísticas y literarias, crearon ese período que muchos ven aun pequeño por la ya enunciada ley de la distancia; pero que un día la historia presentará tal cual es para asombro de las futuras generaciones de todos los países civilizados.

En esos gloriosos días en que la revolucion artístico-literaria marchaba á la vanguardia de la revolucion política, en esos días inolvidables en que no se tenía por raro acontecimiento la aparicion de un *Trovador* ó de unos *Amantes de Teruel*, ni extrañaba á nadie ver nacer á su lado un *Muñete y verás*, para ser digno intérprete de esas obras maestras, para inaugurar una era de renacimiento artístico en el teatro, para crear una escuela nueva arrancando al alma humana los mas recónditos secretos psicológicos, apareció en la escena Julian Romea, el artista insigne é innovador, cuya muerte lloramos hoy al par sus amigos y sus admiradores, y que con nosotros lloraría la España entera si pudiese medir la extension de la pérdida que con ella ha sufrido.

No intentamos hacer una biografía. Julian Romea no es para nosotros el hombre que nació en tal día de tal año, que floreció tantos despues, que murió en esotro: Julian Romea es el actor del siglo XIX; en él nació, en él murió. Las páginas de su vida están escritas en la

representacion de *el Testamento*, de *los Hijos de Eduardo*, de *la Mogigata*, de *A Madrid me vuelvo*, de *el Café*, de *el Hombre de mundo*, de *el Arte de hacer fortuna*, de *la Cruz del matrimonio*, de *Sullivan*, de *los Soldados de plomo* y de tantas y tantas obras buenas y malas á que ha dado vida su genio; papel efímero para escribir la gloria de cualquiera, porque la representacion pasa y se desvanece como el humo, porque tal vez no dura mas que lo que el estruendo de los aplausos ó la huella de las lágrimas arrancadas; pero mármol duradero para esculpir la historia de este gran hombre, porque de la representacion de esas obras ha brotado una nueva escuela, basada en eternos principios naturales; porque

sin dejar al pié retoño lozano que lo sustituya, ¡ay de la selva! ¡Ay de España cuyos árboles mas preciados van cayendo uno á uno sin que ningun retoño venga á ocupar el puesto que en su suelo dejan vacío! En la profunda amargura que embarga nuestro corazón, parecemos oír los pasos de la decadencia que se acerca: así, perdiendo hoy un soldado de la inteligencia, mañana otro, sin que ningun recluta viniese á llenar el hueco que en las filas dejaban, fué la España de los siglos XVI y XVII á la profunda y vergonzosa abyeccion que registran los anales de Cárlos el Hechizado.

¡Los dioses se van! ¡Los genios nos dejan! ¿Se ha secado en nuestra patria la sávia generadora que los creó? Tal vez no. Ya que no podamos adelantarlos, lancémoslos sin temor en el camino que nos han trazado; inspirémoslos en la fe y en el entusiasmo que les sirvieron de guía, y así, si las sombras de los gigantes nos ven, no tendrán que avergonzarse de haber dado ser á una raza de pigmeos.

Las amargas reflexiones que nos sugiere la pérdida del príncipe de los actores españoles, nos alejan del objeto que nos mueve á trazar estas líneas. Tiempo es ya, decíamos, de enorgullecernos con los grandes hombres que España ha producido en este último período:

depongamos esa falsa modestia nacional que nos hace mirar como pequeño todo lo mas grande que produce nuestro suelo, mientras extasiados admiramos hasta lo mas mediocre que nos viene del extranjero. La modestia, que es una gran virtud en los individuos, es un crimen de lesa patria en las naciones.

El viento traspirenaico nos ha traído los nombres de Bouffé, de Federico Lemaitre y de otros célebres actores de allende, envueltos en una aureola de gloria; no es nuestro ánimo deprimir extraños ilustres para ensalzar los propios, pero en la patria de Romea ningun nombre debe escribirse en el teatro tan alto como se escriba el suyo. Los que hemos tenido la dicha de oírlo sabemos bien que acaso el que llamábamos príncipe de la escena española, es muy posible que fuese el rey de las escenas europeas.

Romea, hermanando la verdad con el arte, creó en el teatro la escuela de la verdad artística. Los que le hemos visto practicar su teoría, sabemos que esta escuela no es el grosero realismo, ni la fría trivialidad de muchos que se dicen sus imitadores, y á quienes Julian apellidaba los *haraganes del arte*.

Acaso algun día con mas reposo explanemos la doctrina que hemos

oído de su boca y que se contiene en algunas cartas suyas que conservamos; entre tanto, como que esa doctrina es el pedestal de su gloria, para que el recuerdo del gran artista viva eternamente, sus amigos y admiradores debemos rechazar como moneda falsa esa frialdad calculada, esa carencia de sentimientos, esa glacial indiferencia que algunos quieren hacer pasar como el resultado de las teorías artísticas de Romea. En la ausencia de un amigo todos nos creemos obligados á defenderle. ¿Cuánta mayor obligacion nos corre de defender de la calumnia al amigo muerto?

¡Una lágrima á la memoria de aquel que tantas dulces nos ha hecho derramar.



Nº 12. Modelos de cuerpos y tocados.

esa representacion ha engendrado la revolucion artística, cuyos resultados no podrán perecer mientras exista el arte en nuestra patria.

Tiempo es ya de que España se enorgullezca con los grandes hombres que ha dado al mundo en este último período; tiempo es ya por desgracia, y decimos por desgracia, porque entre nosotros el laurel del triunfo solo crece sobre las tumbas, y dentro de poco tumbas solo nos dejará la gloriosa generacion que nos ha precedido. Ayer uno, hoy otro, todos van dejando esta patria que tan querida les era, para ir á habitar la patria universal. ¿Qué brota entre tanto para sustituirlos? Cuando en la selva cae derribado por los años el árbol secular